



13 DE ABRIL DE 1928,
XCVI ANIVERSARIO DEL
NACIMIENTO DE MONTALVO



3706

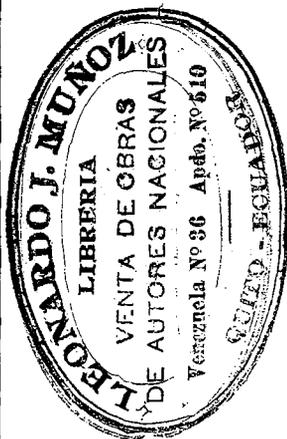
PUBLICACIONES DE LA BIBLIOTECA
DE AUTORES NACIONALES

E-813
E-210

LA TIERRA DE
D. JUAN MONTALVO

POR

FRANCISCO URIBE



AMBATO—ECUADOR
IMPRESA DEL COLEGIO «BOLIVAR»
1928

LA TIERRA DE D. JUAN MONTALVO

**PUBLICACIONES DE LA BIBLIOTECA DE
AUTORES NACIONALES**



I FRANCISCO URIBE, *La Tierra de D. Juan Montalvo.*

EN PRENSA:

II J. P. MERA, *Páginas de la Prensa.—I—El Periodismo
en la Cuna de la Imprenta Ecuatoriana.*

EN PREPARACION:

III J. P. MERA, *Páginas de la Prensa.—II—Aporte de los
Escritores Ambateños al Periodismo
Nacional.*

ADVERTENCIA

El mismo autor de este opúsculo, con todas las sinceras excusas de su modestia y pudibundez literaria, se ha encargado de hacerla sobre la obrita que hoy presentamos al público.

En carta dirigida desde Guayaquil al Sr. Dr. D. Aurelio Soto V., a quien le fueran encomendados la entrega y efusivo homenaje de aquella al I. Municipio Ambateño, se leen los párrafos que por sí solos nos relevan, como de propósito, de casi toda explicación:

«...Su muy apreciable última, me ha sido portadora de una sorpresa, grata desde luego, mas no, ciertamente, porque desconociera la generosidad y el amplio y comprensivo espíritu de la Ilustre Corporación Edilicia de Ambato, proverbiales en todos los hijos de esa dilecta comarca, sino a causa mismo de las mal compuestas líneas que forman el tomito LA TIERRA DE DN. JUAN MONTALVO.

Cuando en Junio de 1927, a raíz de suspendida la orden gubernativa de confinamiento que yo cumplía en Ambato, mandé a usted y le hice la recomendación de los originales de las plumadas que había dado allá, en los pocos ratos que me concedió la nunca desmentida hospitalidad de los amigos ambateños, sobre lo que es eterno tema para las generaciones peregrinas de ideales patrióticos, lo hice meramente como un recuerdo de la íntima comunión de ideas que consagró nuestros afectos y una modesta ofrenda al I. Concejo de ese próspero Cantón.

Nada hay en ellas de valor, que no sea la sinceridad del entusiasmo; y antes, quizá, hasta se encuentren, expresiones y arranques desordenados de emocionada admiración, formas e ideas que sólo el criterio de un cuerpo colegiado de ciudadanos liberales, en el recto sentido del vocablo, como los que integran el Ilustre Cabildo, ha podido disimularlas, aceptándolas purificadas de prejuicios, en la genuina manera como fueron concebidas. Como quiera que de esos arranques soy el único responsable, apresúrome a formular esta salvedad, para que no vaya a interpretarse calculadamente el exquisito y cordial retorno del Concejo, como un acto de solidaridad con conceptos de un orden político que corresponden exclusivamente a su autor.

Bien comprendo su gallarda actitud. ¿Cómo había de dejarse de lado, por mal pergeñadas e insignificantes que fuesen, líneas que tuvieran relación con Ambato, ahí donde todo es preocupación altísima por honrar la memoria del por siempre grande Don Juan? ¿Cómo, además, si éstas habían sido trazadas en horas de proscripción en la propia tierra del Maestro?

....Y ahora que tanta gentileza me dispensa con haber ordenado la impresión del tomito, cúmpleme expresar le mis cálidos agradecimientos, a la vez que mi admiración y mi respeto, como le dedico mi fervoroso recuerdo a la noble cuna de Don Juan Montalvo.....»

El culto de los ambateños a la excelsa memoria de D. Juan Montalvo es ya tradicional. No lo es menos el que han sabido siempre consagrar a sus demás lares y penates inmortales, y a la gloria y grandeza de su solar nativo. Y es por esto que toda desinteresada muestra de adhesión, toda gentil manifestación de pleitesía, todas las cálidas exaltaciones líricas de sus fervidos apologistas y admiradores, han hallado eco simpático sobre todo en el seno de su Ayuntamiento —el más celoso y vigilante guardián además de esa su virtualidad y superioridad espirituales— y le han enfervorizado con el anhelo de una imposible efusión de su gratitud y una como correspondencia cordial...

A estos sentimientos, plenamente justificados por lo demás, y en el caso actual señaladamente, con la exquisita galantería con que el ilustrado escritor que se gallardea en estas páginas, se sirviera dedicarlas y obsequiarlas al I. Concejo Cantonal de Ambato; débese la presente publicación y la oportunidad que se nos ha ofrecido de iniciar con ella la serie de las que nos hemos propuesto llevar a cabo para servir uno de nuestros propios fines culturales.

Que la benevolencia y el franco espíritu de protección y estímulo—de que tan menesterosa se muestra entre nosotros toda empresa de cultura,—acogiendo indulgentemente estos esfuerzos iniciales de la BIBLIOTECA DE AUTORES ECUATORIANOS, contribuyan a facilitarle los medios y elementos necesarios que le permitan persistir en ellos y fecundizarlos luego en el magnífico aporte que para la magna obra de la cultura patria, significan las producciones desaparecidas o inéditas de nuestras más altas glorias espirituales.

LOS EDITORES.

ANTE LA TUMBA DEL MAESTRO

Purificada y engrandecida cada vez más por la acción del tiempo la egregia figura de don Juan Montalvo, aquí venimos, en peregrinación de sublime recogimiento, a templar nuestros espíritus en su memoria, cabe la sencilla losa que guarda sus restos mortales.

Es un grupo de periodistas el que se llega hasta la tumba del maestro incomparable, con ocasión de un hecho trascendental y de honda repercusión, propio de una enseñanza suya. Son los mismos que un año antes, en horas de angustia para la libertad del pensamiento, cuando manos alevés pretendieron cargarle de cadenas a la palabra escrita y erigir un baldón sobre la prensa guayaquileña, invocaron también su memoria; y siguiendo el ejemplo de sus idealismos purísimos, se aprestaron con toda la energía de su entusiasmo, a repeler, por insólita, la audaz agresión inferida, volviendo de ese modo por los fueros de la más preciada de las libertades, la misma tras de cuya conquista sucumbiera en media jornada y en cruento sacrificio, lejos de la Patria y de los afectos, perseguido y amenazado constantemente, el héroe magnífico de esa epopeya de luz, que la posteridad ha logrado llevar hasta la conciencia de los pueblos.

Este acto, al que de una manera espontánea asiste el periodismo guayaquileño, tiene pues una alta significación en la vida republicana.

Don Juan Montalvo, que es un gran filósofo y un gran poeta y cuenta entre sus geniales atributos elementos para satisfacer el orgullo de un pueblo, de una nación, de un continente o de una época, fue ante todo un batallador insigne, un insurrecto invencible, un verdadero apóstol de las libertades públicas. Combatir por la civilización fue el lema de su vida, cuidar de

la dignidad humana en todas sus manifestaciones y del derecho al ejercicio y goce de las prerrogativas propias de esa condición superior de los individuos y de las agrupaciones sociales.

Cuando todo es placer para la juventud, ya para don Juan Montalvo la vida era un noble sacrificio. Surgió a la actividad pública todavía niño, en medio de un torbellino de opresivas rutinas, prevaleciendo el oscurantismo en religión, en sociología y en política, en pleno dominio del vasallaje de la conciencia, a tiempo que la imprenta no había ensayado el vuelo prodigioso de ahora y labrar el civismo era empresa más temeraria que horadar las entrañas de los Andes para dar paso a las paralelas de acero que llevan el progreso material de una a otra comarca. Y desde entonces, armado de la constructiva piqueta de su verbo, cada expresión suya fue un macizo puntal en el artesonado de la educación cívica del Ecuador.

No hubo empresa comparable a la suya, de crear una conciencia cívica, al propio tiempo colectiva e individual. Y en ese supremo anhelo, que tuvo radiantes amaneceres de triunfo y ensombrecidos ocasos de desengaño, sólo encontró un apoyo, el de la Prensa, mientras pudo comunicarle el calor de su asombrosa vitalidad ideológica.

La protesta impenitente contra los desafueros; la orientación adecuada para las cosas de gobierno; la palabra dulce para el hogar social; la sanción severa para los impostores; la enseñanza sincera y recta en toda materia de su conocimiento; en política, capacidad y pureza; en religión, convencimiento y buena fe; uno mismo en la vida del Estado que en la privada, en la cátedra que en el libro, en la plaza pública que en el periódico; moralmente recto, hasta confundirse con su sombra en pleno meridiano; altivo y robusto, como la más alta de nuestras cumbres. Todo esto fue don Juan Montalvo, el modelo de periodista y creador de civismo.

Por eso la prensa guayaquileña, que tiene la tradición del maestro inmortal, viene hoy en el primer aniversario de la protesta colectiva que vindicó la libertad del pensamiento, a renovar y purificar sus fuerzas, para proseguir la misión que se ha impuesto y saber corresponder a su memoria.

Es una profesión de fe, la que viene a cumplir la prensa de Guayaquil con esta peregrinación. La memoria de don Juan Montalvo es como una fragua donde se forjan los ciudadanos libres. Rendirle culto es seguir su ejemplo. Depositar una corona en su tumba veneranda, es officiar en el mismo altar de la Libertad, porque en la personificación de los ideales, don Juan Montalvo simboliza la Libertad.

Discurso pronunciado, en representación de la prensa guayaquileña, el 1° de Noviembre de 1926. . . .

LA TIERRA DE D. JUAN MONTALVO

Cuando don Juan Montalvo, en París, visitando al Sr. Alfonso María de Lamartine, el dulce y romántico poeta de las exquisitas emociones naturales, a quien, ya anciano, sorprendió en su residencia campestre, arrobado en la paz de sus jardines, tuvo el arranque de invitarle a venir al Ecuador, donde encontraría vegas como las del río Daule, de belleza indecible y campos de una variedad de tonos de luz y caprichos de follaje únicos como los de Ambato, es porque el ilustre prosador americano conocía la delicadamente pulidísima retina del inmortal cantor de *Graciela*.

Esa invitación de atildada galantería artística y la circunstancia asaz particular de ser Ambato la cuna del pensador insigne, a lo cual debe esta hermosa ciudad la sugestiva y universal atracción que hacia ella se tiene, quizá no sean sino preciosos detalles, desde luego de los más armoniosos, ante la desnuda y seductora realidad de sus formas, cuyo conjunto encierra el secreto de los paraísos.

Al pasar frente a Ambato en el Ferrocarril Trasandino, salvando la cordillera en un juego de círculo que aprisiona a la ciudad como con un cinturón de acero formado por la vía férrea, el viajero no logra descubrir más que una población de relativas proporciones, semejante a todas las de importancia que encuentra diseminadas a lo largo del trayecto.

Sin embargo, hay tal movimiento en el paisaje, alternan con tanta gracia los collados con las hondonadas, las carreteras con el espinazo del río, las huertas con los pinares, las casas de campo con las ventas y posadas; y sobre todo caen cascadas de luz tan ricas, que al punto y aunque por los breves instantes de

la permanencia del tren, se siente la bondad y dulzura de esta tierra y se goza de la perspectiva de sus vívidos panoramas.

Pero desembarcad un día del tren y buscad el contacto de la población para conocerla, recorriendo sus alrededores, sus caseríos indígenas circunvecinos, sus feraces campos de labranza, sus alamedas de eucaliptos, sus sazonadas huertas de árboles frutales, sus perfumados viñedos; visitad sus variadas empresas industriales y buscad sus paseos, a la sombra de las arboledas, junto a los playones del río, alfombrados de verdegueante césped, y entonces habréis compartido con la naturaleza, al amor de su infinita sabiduría, los momentos más dulces de vuestra existencia.

Ambato demora a las márgenes del río de su mismo nombre, al pie del Tungurahua, en una abrigada pero pequeña planicie que le forman las estribaciones de una cadena de montañas. Parte de la población está enclavada en una loma y parte va a morir a orillas del río, hacia cuyo lado queda la sección nueva, de modernas y llamativas edificaciones y de bien cultivados jardines, en que vanse convirtiendo los tan ponderados Miraflores y Ficoas, de vegetación natural y abundante.

Una de esas raras coincidencias, que nunca faltan en estas nuestras democracias americanas, nos llevó a Ambato, ciudad escogida por la dictadura para hacernos purgar la pena de confinio político impuesta... seguramente interpretando nuestro entusiasmo por el espíritu rebelde, constructivo y libre de don Juan Montalvo... Hasta entonces no conocíamos la ciudad sino de paso, a vista de pájaro, pero siempre abrigábamos la esperanza de ir a visitarla en la primera oportunidad y pagar un tributo de admiración al hombre que sigue llenando con su pluma los inmensos vacíos de la mediocridad reinante y pusilánime, la cual se conforma con el bocado de la ventura con que le asisten todos los días, en demostraciones de ridículas sorpresas.

Solar de egregias personalidades, Ambato tiene para llenar las mejores páginas de la historia de la intelectualidad ecuatoriana: Montalvos, Meras, Martínez son a manera de blasones de la ciudad, mayorazgos de una nobleza inimitable, que no se adquiere en las fe-

rias de títulos, ni se hereda en las sacristías, ni menos se conquista al azar de los acontecimientos veleidosos de la fortuna y de la política. Linajes de intelecto, prosapia de virtudes, timbres de rectitud en cada uno de sus actos, he aquí lo que representan estos nombres, entre los cuales, el de don Juan Montalvo está prevaleciendo como el fundador de la casa, señor de los dominios del espíritu, pontífice augusto de una generación que se conserva virgen... porque parece haber terminado con él....

Como una visión de fantasías, la sombra veneranda y excelsa de don Juan Montalvo llena por todas partes de evocaciones la ciudad, en cada una de cuyas fases se palpa la extraordinaria influencia de su memoria; y a poco que se force que se force la imaginación, puede vérsese abandonar con el ángelus la vieja casona solariega de la Plaza Mayor, vestido con corrección señorial, rigurosamente de negro y dirigir sus pasos con marcialidad apenas turbada por un matiz de bayroniana cadencia, hacia el camino real, que sigue siendo la principal vía de comunicación y se conserva con muy pocas alteraciones desde cuando era la ruta preferida por el *Cosmopolita* para ir a ver morir el sol en la gran soledad del valle, en medio del concierto purpurino del véspero y la melíflua orquestación de las alamedas, mientras el río desgranaba el salterio de sus oraciones y de sus cánticos.

Esto, cuando el ilustre perseguido no estaba con una jauría de delatores y esbirros a sus talones, royéndole la tranquilidad y el augusto reposo que con la contemplación de la naturaleza solía regalar a su espíritu, después de las horas de incesante trabajo e íntima preocupación por los destinos del país, pues que de otro modo «Ficoa», su casa de campo y los alrededores, al otro lado del río, en el fondo de unos breñales, lo guarnecían un tanto de las asechanzas de sus enemigos y de las ruines odiosidades de los déspotas con que lesalían al paso para contrarrestar la acción demolidora de su verbo purificador, que hacía estremecer a la República, obligando a los ciudadanos a cumplir con sus deberes cívicos y a hacer respetar el derecho de los pueblos.

Habría sido cosa de presenciar alguna de aquellas

salvajes escenas de persecución, que engrandecían cada vez más la figura del combatiente irreductible, cuyas armas eran los libros, la imprenta y los periódicos sus ejércitos, su palabra y sus escritos la dinamita, las virtudes sus asistentes favoritos, frente a las guardias marmelucas de la dictadura, que tenía la inconsciencia por divisa, la fuerza bruta y cobarde por respaldo, bajo un señorío inquisitorial e infamante que al fin lograba imponerse, pero sólo por el tiempo preciso requerido por el gran polemista para ganar tierra hermana y civilizada, desde donde asombrar al mundo con el alumbramiento de *Las Catilinarías* y *La Mercurial Eclesiástica* y purificar a la humanidad con las enseñanzas de los *Siete Tratados*.

Días dicen que eran esos de verdadera y alarmante consternación nacional, durante los cuales empero no había sufrido mengua alguna el carácter de los ciudadanos ni los escritores acomodado su pensamiento al capricho de las empresas y de las circunstancias, convirtiéndose en incensario de todo ídolo nuevo, envueltos en el desprestigio de una labor anónima, trocados en antena de la chismografía oficial y afiliados a la causa de mezquinos intereses. La rebeldía era como una santa imposición del pueblo: la rebeldía justa, porque hubiere sido despojado de sus derechos cívicos y se usara de su nombre para defraudar a la República, mintiéndole patriotismo; la rebeldía razonada del pensador, que no podía tolerar tamaños desafueros, sin hacerse cómplice de ellos con su silencio; la rebeldía necesaria de los conductores de multitudes, que no les era dable, sin incurrir en deshonrosa almoneda, solidarizarse con causas que estaban clamando la protesta. Don Juan Montalvo afrontó esas situaciones, señaló rumbos con su ejemplo sin claudicar nunca, hasta que la muerte le tendió los brazos en la capital francesa y dobló su cabeza pensadora para siempre.

Y no regresó más a su Patria el *Cosmopolita*. Amato no volvió a tenerle en su seno. La casa solariega, que siguiéronla habitando sus parientes, perdió el mejor de sus huéspedes. En el patio los rosales se secaron. Y la familia fuese desgranando casi hasta extinguirse. Los últimos parientes vendieron la casa al I. Concejo del Cantón Central. Ahora la casa es una reliquia de la ciudad, destinada a Biblioteca de Autores

Nacionales. No se pierde de vista entre las muchas que circundan la plaza, en medio de cuyos floridos jardines se yergue una estatua erigida a su memoria por el pueblo; antes distínguese por una sobria y modestísima sencillez, que la hace aún más respetable. Y por último, una placa conmemorativa está pregonando en la pared fronteriza la propiedad de don Juan Montalvo, con las fechas de su nacimiento y de su muerte.

Las favorables condiciones climatéricas de la zona del Tungurahua, esa prodigiosa fertilidad de su suelo, que por todas partes revienta en maravillosas y opimas sementeras, en arboledas cargadas de los más generosos y delicados frutos, que son la codicia del país, y en vegetación de toda clase, campeando una flora tan variada como primorosa; y la benignidad de su sol, que se quiebra en dorados efluvios de misterioso polen, sobre las empinadas crestas de las montañas y las atrevidas cimas, eternamente coronadas de nieve, al influjo de los vientos andinos, han impreso una modalidad peculiar a sus habitantes, que se distinguen por la sencillez de costumbres, la firmeza de carácter, el culto a su suelo y una generosidad de sentimientos y espontánea afición artística, como difícilmente podrán ser superados.

Pero en nada se ha resumido más la influencia de la naturaleza, nada interpreta mejor los encantos de ese suelo de privilegiada dotación, ni nada atestigua tanto sus infinitas bondades y atracciones, como el espíritu y la fisonomía de sus bellas mujeres, cuyas mejillas son copos de rosa y nieve, modelados por artífice divino en un marco de bruna cabellera, al que imprimen vida unos negros ojos de ensueño bajo la media luna clásica de cejas impecables. Inteligencia, corazón, virtudes, atributos son de la mujer ambateña.

Y si a todo esto se suma la independencia propia de la gente culta de Ambato, otra de las modalidades que acusa el poderoso influjo de don Juan Montalvo, gracias a lo cual se ha obtenido ensanchar el horizonte en que se desenvuelve la juventud, lo que no ocurre en otras poblaciones interandinas, a pesar de sus mayores posibilidades, se tiene que Ambato es un centro liberal y culto, cual uno de los mejores discípulos del gran *Cosmopolita*, con ambiente propicio para plasmar ciudadanos de verdad.

El éxito estriba únicamente en saberlos cultivar. La tierra natal les brinda, como otrora a sus mayores excelsos, la diáfana y dilatada extensión de su cielo siempre azul, que es el mejor incentivo del espíritu; la prodigalidad de sus campos, que viven todo el año vestidos de esmeraldas y que tanto influyen en la expresión de los sentimientos. La historia les ofrece ejemplos de patriotismo, de sabiduría, de elevación moral sin paralelo con don Juan Montalvo, cuya alma de apóstol de la democracia, difundida en etéreas fuerzas en el ambiente, está contrarrestando toda influencia destructora. No hay sino que mantener este culto, avivarlo, procurando con celo cívico su pureza, porque el templo de la República tiene más virtud que el templo de Vesta.

Al dejar Ambato, después de largos meses durante los cuales conviviéramos con los encantos de la comarca, en una íntima y generosa hospitalidad, regados de afecto y manifestaciones tan sencillas como nobles, parecía que abandonásemos la casa paterna, llevando en el recuerdo el mejor cesto de frutas de la ciudad, el que habían llenado los amigos con su cariño y distinción.

POR LOS MIRAFLORES Y FICOAS

La omnímoda voluntad gubernativa había de depararnos siquiera, con el confinio en la bella ciudad de Ambato—cuna del maestro de la libertad ecuatoriana—la ocasión de asistir, con suave recogimiento, a una evocadora peregrinación por las florestas de Ficoa, solar encantado de magníficas grandezas, que un día le fue ofrecido al inmortal cantor de *Graciela*, el último de los románticos del siglo decimonono.

El 12 de Abril, vísperas del nonagésimo quinto aniversario del natalicio de don Juan Montalvo, el Ilustre Cabildo de la Capital del Tungurahua había dispuesto la inauguración de un monumento de piedra, sencillo pero significativo, cabe la losa, pétreo también, que brindó reposo al egregio combatiente en sus horas de angustia, cuando acosado por las persecuciones y preso de las infamias políticas, buscaba el arrullo tranquilizador del río que cruza la floresta y se entregaba con todo su espíritu selecto a las especulaciones del alma a través de los grandes pensadores, antiguos y modernos, en cuyas concepciones encontraba el sustento cotidiano que robustecía su portentosa inteligencia y templaba su indómita voluntad, para seguir en la nobilísima faena de crear una patria grande y respetada por la grandeza y el respeto de los ciudadanos.

Con tal objeto—modestos exilados—dirijimos nuestros pasos camino del lugar que aparecía ante nuestra memoria como el único santuario de la libertad.

Un sol de canícula encendía los campos, quebrándose en los picachos en que se eriza la gran Cordillera de los Andes y siembra por el Continente esos prodigios de la naturaleza, de testas coronadas de nieve, que entonan en la inmensidad la canción

de los siglos en dinámicas estrofas que dan la sensación de todo lo divino. La tranquila ciudad, como que era el medio día, desperezábase con melíflua cadencia serraniega, perdiéndose de vista ya al entrar a las alamedas de los Miraflores, donde el buen gusto de las gentes desahogadas ha erigido palacetes que bien pudieran ser envidiados por el refinamiento y holgura de cuantos se levantan en los campos de Francia y de Italia y son el refugio de la riqueza y la moda en las diferentes estaciones del año.

En el fondo del valle, a una y otra ribera del río, diseminadas con donaire entre álamos, eucaliptos, rosaledas y árboles frutales verdaderamente paradisiacos, sorprende el caminante una muy regular cantidad de residencias acabadas con esmero y no pocas empresas de prometedor desenvolvimiento. Allí la fábrica de tejidos de don Jacinto Jijón y Caamaño, el talentoso y culto jefe del Partido Conservador, a cuyo espíritu de trabajo y cuantiosas posibilidades económicas se debe el principal contingente de la novel industria ecuatoriana, pues ha cifrado su empeño en aprovechar, intensificándola, la capacidad de trabajo del país.

Al pasar por frente a su notable empresa, no podemos menos que dedicarle un recuerdo, disipando aunque sea por instantes, con sincero patriotismo, la acción de los colores políticos. El ejemplo de don Jacinto Jijón y Caamaño, envuelto en los cendales de la sabiduría y armado de las herramientas de trabajo, es toda una lección de energía; y quisiéramos ver a este ciudadano, puesto por espontánea voluntad al margen de las contingencias políticas, entregarse por entero a las nobilísimas especulaciones de la ciencia y de la gran industria, sin que desconozcamos el derecho inalienable que tienen todos los ciudadanos de sentimientos levantados, que entonan la epifanía del esfuerzo, ajenos a reparos y mezquindades, a aportar su concurso en la cimentación de la patria nueva. Y no que nos seduzca la ideología de los ultramontanos, que la República, siendo como es tan grande, nos brinda ancho campo para arrobarnos de entusiasmo; y entre los nuestros, el fragor de las últimas contiendas por la libertad, está llamándonos

a sus filas. Mas, como quiera, el esfuerzo es respetable, y nobleza obliga a pensar en los hombres de lucha.

La tarde se acentúa. Avanzando, el sol que tramonía, pone fúlgidos y caprichosos colores en el horizonte. La carretera, polvosa más que por los romeros del tribuno excelso—que no pasan de una veintena—es transitada por los labriegos sencillos de las serranías, en su mayor parte primitivos indígenas, de pobres pero vistosos ropajes, que van estimulando, con cadenciosos monosílabos o cancioncillas propias, el lento trotar de sus asnadas de laboreo. Excepto cuando el viento del Oeste arremolina el polvo, un aire purísimo, embalsamado de vida, puebla la atmósfera, y los pulmones se regalan con rico y perfumado oxígeno. Ya no es el sol canicular que abrasa, sino una cascada de efluvios cálidos que entusiasmo y adentrándose en la fantasía, despierta el aletargado enjambre de nuestros recuerdos y ensueños, que van a posarse en el pentagrama de las nubes y de las praderas, al secreto contacto de los agentes invisibles de la naturaleza. El río, quebrándose sobre las piedras en irisaciones de diamantes y espuma, torrentoso, enfurecido y extraño, parece que esculpiera en cada remanso un apóstrofe y al cruzar por las vegas, fuera recordando su protesta, con voluptuosidad indomable.

El paisaje es todo el mismo que contemplaba don Juan Montalvo en sus melancólicos atardeceres de perseguido, al amor de los apacibles crepúsculos del véspero, grandemente solo, sobre el empinado terraplén, a cuyos pies, como un fantástico lebré, el río que desde entonces lanza un soberbio aullido de tristeza, fue el constante amigo de su soledad, de sus sueños patrióticos y de sus arrebatos de cíclope, en los que habría querido hundir para siempre la corrupción de los pueblos y de los gobiernos.

Ahí, en la falda de uno de los montículos está la que hasta hoy es Ficoa, pero ya no la heredad suya ni la de sus causahabientes, huerto de albérchigos y durazneros, que iba a morir por un lado en breñales y hondonadas y estaba guarnecido del otro lado por una cumbre, a manera de baluarte natural contra las acometidas de los sicarios de la dictadura, que no cejaban en su atrevido empeño de perseguir al pensador augusto, con la pretensión audaz de acallar su verbo,

mientras la ignorancia, la felonía y el crimen, en forma de gobierno, sobre las espaldas del mísero pueblo, hacían de la República el festín de sus insaciables y bajos apetitos.

Una piedra corpulenta, que todavía se conserva bajo el mismo pino centenario, justamente en el sitio donde asistimos a la erección del monolito en su memoria, con motivo del aniversario de su natalicio, es ahora el elocuente testigo de las inmensas luchas interiores que por la libertad y las sanas virtudes de su pueblo, sostenía el filósofo sin ser oído ni menos comprendido ni secundado por nadie; luchas que hicieron de su vida un martirologio, hasta que ese humanamente incomprensible y efímero poderío de los tiranos, le obligó a morir proscrito en comarcas lejanas, a orillas del Sena, que no eran las de su Ambato querido.

Junto a esta piedra, la figura del maestro incomparable se yergue por entero en uno como pleno lineamiento de olímpico batallador, de forma tan destacada y magnífica, que apenas se le alcanza a comprender con la estulticia del momento y el ignominioso bochorno de las circunstancias. Es el pensador sereno: la belleza está coronándole con las flores de la sabiduría; en sus contornos, los dioses han sacrificado la estética de su magnificencia; le aureola la gloria inmortal. Es el tribuno incorruptible: los dioses magnánimos de los pueblos, que velan a través de las edades por su conservación, ensayan a su derredor el eterno epitalamio de sus virtudes; y es entonces don Juan Montalvo, el genio purísimo de nuestra libertad, ungido por el Olimpo, en quien Júpiter Tonante hubiera depositado sus rayos vengadores, Palas Atenea su sabiduría infinita y el dios Pan el dulce secreto de las selvas. Muéstrase magnífico, imponderable, fascinador, particularmente a nuestros ojos de humildes exilados políticos que, como él otrora, compartimos la soledad con el susurro de las frondas, el arrullo arrobador de los remansos de espuma y la luz multicolor de los cielos, que ponen una nota dulce en el corazón de los mortales.

Nadie como don Juan Montalvo, en la historia de los pueblos, después de la guerra de la emancipación, que infundió vida a los héroes epónimos de la Patria Americana, ha sabido adentrarse más hondamente en el corazón de las muchedumbres y amamantarles con

sangre más roja y pura de cívicas virtudes, entregándose a sí propio en holocausto de las sagradas ideas de libertad, como la más propiciatoria de las víctimas por causa tan levantada. Ni Benito Juárez, el azteca sublime, que se enfrentó con ímpetus bravíos, hasta exterminarle a la entronizada y advenediza reyesidad europea, echando las bases inconmovibles de la gran República de México. Ni el General Francisco de Morazán, el idealista y mártir de la unidad centroamericana, cuya pluma de propagandista insigne encontró sostén en su propia espada de combatiente irreductible. Ni José Martí, el soñador de la Isla Antillana, que hizo de su vida un canto de lucha por la emancipación de su cautiva Cuba y en la refriega de Pinar del Río, con uno de los últimos y victoriosos combates, traspasado su pecho generoso por aleve proyectil, traspuso los linderos de la gloria, sabiendo al menos que Cuba era libre, rescatada con su sangre y con su verbo. Hay en don Juan Montalvo un conjunto a la vez heterogéneo y uniforme de todas las grandezas; y por lo mismo que sus luchas fueron contra las flaquezas de los pueblos, retratados en el suyo y contra la hidra poliforme de la dictadura, tanto más bochornosa y trágica cuanto más improvisada y menguada, su obra doctrinaria no tiene paralelo, sus arránques y su enérgica compleción moral están reclamando un discípulo, mientras su nobilísimo desprendimiento ciudadano acaso no sea imitado nunca más, con este convencionalismo reinante de patriotería de almoneda y de general y avasallador egoísmo.

Al desaparecer el combatiente, murió la protesta en el Ecuador; se apagó para siempre el cálido verbo de la regeneración social; huyó el valor cívico; se ahogó la sanción política;—para no invadir el campo universal de esmerilada literatura, donde es señor de las letras españolas y primero entre los primeros prosadores de la lengua; que sí don Juan Montalvo tiene un santuario en el alma de la humanidad y en el bronco corazón de los ecuatorianos, no es ciertamente por su obra de estilista impecable, sino por su acerada fe de constructor moral de pueblos.

Ejercen una atracción tal en el espíritu las cosas u objetos que les fueron familiares a los grandes hombres que, como la piedra en que reposaba y leía y

encumbraba su pensamiento a las más altas regiones don Juan Montalvo, en su primorosa heredad de Ficoa, a orillas del río Ambato, se nos antojan verdaderas reliquias sagradas, y nunca como en presencia de ellas las religiones y sus ritos están más justificados. En esas cosas inanimadas parece reconcentrarse la existencia misma de las personas que les han comunicado duradera y significativa existencia a su contacto maravilloso.

—Este, sí señores, era su lugar predilecto—nos dice un campesino, volviéndonos de nuestra evocadora contemplación, en cuyos fugaces instantes, fugazmente también, como un relámpago divino, cruzaba por nuestra imaginación toda la historia del gran insurrecto de la América Latina, como le llamó ya otro gran pensador.

Repuestos de nuestro íntimo entusiasmo y reparando en el interlocutor, hombre entrado en años, pero macizo por efectos de su raza, quien al punto se nos ocurrió un extraño conocedor del ilustre ambateño, le preguntamos:

—¿Y tú conociste talvez a don Juan Montalvo?

—Fuí su paje cuando niño, mientras estuvo en Ambato la última ocasión el finado señor don Juan. Detrás de él andaba todo el día, principalmente a las horas de comida, con la portaviandas al brazo, en espera de que quisiera almorzar o comer, porque él las más de las veces comía aquí mismo, en el campo, a cielo raso, sobre esta piedra o donde al fin lo lograba encontrar. En este sitio, cerca del pino, que entonces parecía más cargado de sombra, existía una choza de paja y el señor don Juan se quedaba a dormir casi siempre, cuando le cogía la noche, lee que lee, escribe que escribe, sentado en el suelo, sobre un poncho que nunca solía faltarle. A pesar de hallarse su casa en la vecindad, a pocos pasos, como Uds. pueden verla, pues entonces era lo mismo que ahora, solamente más enmontado, don Juan se pasaba los días lejos de ella. Estar solo era su obsecación. Parecía loco. Y daba que hacer tanto con su carácter, hosco, huraño, enemigo de las «gentes mayores», que sus mismos hermanos, muchas veces, decían: «Cuándo se irá este loco». Con los niños sí era dulce y les prestaba atención; y seguramente que conmigo, si no le hubiese molestado

siempre trayéndole la portaviandas a los lugares donde él estaba entregado a su soledad, también habría sido muy dulce y bueno; pero la presencia de las comidas era una como contrariedad para el señor don Juan....

Julián López se llama este «hombre mayor», que de niño sirvió a don Juan Montalvo, y quien, por importunarle en sus sueños de pensador y en sus angustias de perseguido con las comidas, no mereció las frecuentes caricias que a buen seguro le estaban dictando su alma exquisita. En su compañía remontamos Ficoa, dejando en el bajo el bullicio oficial con que se celebra la inauguración del monumento, para aprovechar de los últimos minutos de la tarde y visitar la casita del filósofo austero.

Escondida entre árboles frutales y cercada de jardines, la dulce y tranquila residencia de Ficoa se conserva tal cual la habitaba don Juan Montalvo. El cuartito que solía ser suyo, situado en el corredor a la mano izquierda, es el único con ventanas al río y a la floresta toda. Allí escribió el maestro lo principal de su obra. Desde allí conmovió a la República con sus diarias producciones políticas, que hacían temblar y morir de ira a los tiranos, que es cuanto pueden hacer, cruzados por el látigo candente de la sanción moral y la filosofía política. Allí nutrió su intelecto durante una larga convalecencia, después de una penosa enfermedad, que casi priva a las letras castellanas y al arte de lo más granado y pulcro que ha florecido en la lengua de Cervantes. Y de allí salió un día exilado, para no volver más, una vez redimida su Patria....

Asomados a la ventana por donde se entra el perfume de los campos; mirando los jardines florecidos de reventones y lujuriosos claveles, de rosas de colores y violetas tímidas, se nos viene a la memoria la apología de las flores que un día trazó el artista inmortal, escribiendo junto a la misma ventana....

Julián López nos cuenta algunas peculiaridades más de don Juan Montalvo:

—Cuando estaba en la casa, en este cuarto que era su alcoba y comedor, nunca consentía en que se le sirvieran las comidas, si antes, prolijamente, no se hubiera sacado del cuarto la última mosca. Después,

siempre solo, se encerraba y comía. Su comida predilecta, la de casi todos los días, consistía en una crema de patatas, morocho con leche y algunas frutas. Concluido que había, se dejaba no más ir por los campos, con su poncho al hombro, vestido de negro, derecho, a paso lento, sin mirar a nadie, con los ojos como puestos en el cielo. . . . Una vez le mandaron a regalar una botella de uva, especialmente seleccionada para él. El regalo era de unos amigos. El señor don Juan, tomándola en sus manos, miró la botella, probó el contenido apenas con la lengua, y llamó a otro sirviente que había en la casa, hombre de edad:

—Rompe eso en el patio—le dijo—que es uno de los enemigos de la inteligencia. Y no le dejó tomar la uva ni al sirviente. . . .

Nada más sugerente que la anécdota relatada por el viejo doméstico del genial autor de los *Siete Tratados*. Anécdota reveladora de la idiosincracia del psicólogo admirable, que estudió al genio y desentrañó el esotérico valor de la palabra «entelequia», de la palabra que encierra el poder máximo de la psiquis humana, de ese poder que reside más allá de las fuerzas conocidas de la naturaleza y de los atributos que entre opalinos cendales ha vislumbrado la moderna ciencia metemísica. La anécdota, breve como un disparo, dejaba comprender la estimación que don Juan Montalvo tuvo para su talento, el que si lo prodigó en escritos que le interesaban al auditorio universal que escuchó su verbo maravilloso, en cambio lo defendió con amor de todos los influjos malsanos y de todas las acciones perniciosas, que en forma de mágicos bellos ofrecía la bohemia romántica del siglo.

Después de recorrer los jardines y reparar hasta en el último de los detalles de las paredes de la casa, regresamos a la ciudad, por el camino que favorablemente recorría don Juan Montalvo, salvando a lo mo de indio las quebradas que lo cortan.

Y la ciudad de Ambato, que parecía al medio día un fanal de luz, semejaba ahora, a la entrada de la noche, la fauce abierta de un lobo.

ATOCHA Y FICOA

Atocha y Ficoa. He aquí los nombres de dos evocadores parajes que no se pueden visitar sin soltarle las bridas a la fantasía, dejando galopar sus corceles por los recuerdos como a bien lo tienen, cual si se hallasen en lo más extenso de la planicie, en campos de seguros contornos y asombrosa fertilidad.

Estos parajes quedan en posiciones opuestas, aunque ambos a la misma margen del río. Más céntrico el uno que el otro; Atocha casi dentro de la ciudad, al otro lado del más próximo puente, Ficoa mucho más lejos, en dirección Oeste, perdiéndose en la región montañosa, áspera y escarpada, no dejando entrever sino la única casa que lo puebla, con el rojizo techo de teja sangrando al contacto del sol y apenas perceptible por entre los pinares que la circundan. Atocha sí es poblado. Ha pasado a la categoría de villorrio, con una que otra calle además de la carretera común a ambos, la iglesia y otros edificios que le dan mayor señorío.

El recuerdo de estos lugares está ligado al de dos de los más grandes hombres con que cuenta la historia intelectual del Ecuador, cada uno dentro de su ideología característica. En Atocha vivió el exquisito bardo y ameno novelista don Juan León Mera. Ficoa fue el refugio del gran perseguido, del tribuno que no ha de repetirse en el devenir de las generaciones, de la virtud y la inteligencia hechas hombre en la persona de don Juan Montalvo.

Ambos personajes fueron contemporáneos. Les tocó vivir en la misma época, en medios parecidos, con la extraordinaria circunstancia de haber nacido los dos en la apacible y risueña ciudad de Ambato. Eran, pues, conterráneos. Seguramente que jugaron juntos en la niñez, alternaron sus paseos unas veces visitando

la heredad de los mayores del uno, otras veces yendo a la de los padres del otro, con esa familiaridad de usanza en las poblaciones pequeñas, máxime en aquellas que, como Ambato, tienen constantemente abiertas sus puertas, prontas a brindar la hospitalidad a propios y extraños. Ya adolescentes, es posible que hayan ingresado a seguir los estudios en la misma universidad; y en efecto, ambos parece que trillaron los campos del aprendizaje de las leyes, la más noble de las enseñanzas, cuando no sea para realizar el milagro de los triunfos baratos en el foro, con la compra de perjurios, el cohecho de los jueces y el saqueo de los clientes, como es tan de moda ¡ay! aquí y en Roma.

No es sino la política que separa a estos dos personajes, cuando así lo requiere la causa de la democracia y de las ideas liberales. Nacidos bajo un mismo sol, en un mismo suelo, sin embargo cuán distintos don Juan León Mera y don Juan Montalvo, entre quienes pronto surgió el distanciamiento y cada cual pasó a ocupar el puesto que le señalaba el destino y le proporcionaban sus merecimientos, su patriotismo, su sinceridad de credos, su gran desprendimiento, su irreductible entereza.

Desde que asoma don Juan Montalvo en la política es con un bien cimentado criterio de incorruptibilidad en las doctrinas del liberalismo y de la democracia. Nutrido su espíritu con los libros de Plutarco; con un maestro antiguo y moderno como Cicerón, que no lo abandona sino cuando su pluma descende a la tumba, derribada la tiranía y degollado Catilina; con el hálito fresco de la Revolución francesa y las guerras de la emancipación, que todo le habla de libertad y de derecho, el que pasara a la posteridad con el nombre de el *Cosmopolita*, recordando su obra inmortal, no puede menos que ser un abanderado inconfundible contra todo cuanto no se ajuste a los preceptos de la gran República con que sueña para su Patria. Don Juan Montalvo es el gran demócrata y el gran liberal.

No así don Juan León Mera, a quien arrolla la ola de la política triunfante y le envuelve en los cendales del oscurantismo conservador, privando sin duda alguna de un paladín de las nuevas ideas, a la causa del reconocimiento de la dignidad ciudadana, con la sumi-

sión del bardo que había de entonar, en arranques de inspiración, el himno patrio.

Conservador el uno, liberal el otro. Combatiente incansable Montalvo, la tiranía no le vence sino para arrojarlo al ostracismo. Solidarizado con los gobiernos de la época León Mera, identificado con la causa del conservadorismo, haciéndoles eco a las pastorales de los obispos que se atrevieron a excomulgar y condenar las obras del maestro excelso por heréticas y deshonrosas para las buenas costumbres, y a maldecir a Montalvo por corruptor de las sociedades, repitiéndose la acusación que obligó a apurar la cicuta al divino Sócrates, don Juan León Mera pasa a ser el enemigo irreconciliable del *Regenerador*, que mira desde entonces a su conterráneo como personaje perjudicial para la redención de la República y el exterminio de la tiranía y el oscurantismo clerical.

Y cómo es de severo don Juan Montalvo con sus enemigos de talento, a quienes acusa de mayor responsabilidad, en razón de sus mejores entendederas y su mayor preparación. Cómo los fustiga, hasta convertirlos en harapos, que luego se goza en señalarles un puesto destacado en los estercoleros, para escarmiento de sus imperdonables faltas.

Con don Juan León Mera fue severo, le fustigó sin piedad, le hizo cuantos cargos creyó que estaba en el deber de formularle, para que se reprimiera en sus extravíos, plegara sus arranques a las causas justas, le volviera las espaldas a la dictadura e hiciera causa común con los ciudadanos que se esforzaban por redimir a la Nación del vasallaje y sumisión a la férula romana.

Visitando Atocha, no se puede prescindir de estos recuerdos, que la posteridad puede, sin embargo, atenuar en su dureza, en mérito a lo mucho de artista que había en don Juan León Mera, y si no por lo menos en homenaje a la canción nacional.

La casa del poeta y presumido conservador, era en esa época toda una mansión, que revelaba el precio en que era tenida la familia. Gran parte del mobiliario dizque se conserva casi intacto, destacándose en las derruidas paredes de piedra cuadros artísticos a los que era muy dado el bardo de Atocha, y que sus descendientes, algunos de los cuales sobresalieron

tanto como su progenitor, se encargaron de aderezar con más gusto y esmero cada vez, hasta que la familia casi se ha extinguido, al menos la de cepa de artistas y escritores, de la que Eduardo Mera, el melancólico cantor de *Serraniegas*, fue seguramente el último de los representantes.

Desviándose una calle al Este de la casa de don Juan León Mera y encarrilándose en la carretera hacia el Norte, que corre paralela al río, ensayando requiebros de serpiente, se llega a Ficoa, la residencia campestre de don Juan Montalvo, que tan célebre es ya en la geografía universal, siendo así que muchas personalidades saben que existe nuestro país por ese solo nombre y poético detalle.

Aún a través del tiempo, la casita de Ficoa muestra la severa austeridad del que fue su propietario y la habitó largas temporadas, compartiendo con los ángulos de las sencillas moradas, los secretos de los más grandiosos pensamientos, que iban tomando cuerpo maravilloso en el papel, para luego llenar el universo con sus admirables enseñanzas. ¡Oh, ingenio portentoso, que tiene toda la grandiosidad de la naturaleza!

Todavía, de pie sobre uno de los muchos terraplenes que, a manera de miradores floridos, se levantan en distintos lugares de la ciudad, la atracción de los dos parajes, Atocha y Ficoa, es instintiva. A un lado la casita blanca, como una tórtola dormida, rodeada de jardines, confundiendo con el pequeño enjambre del villorrio. En la lejanía, hacia el Oeste, solitaria, en el corazón de la montaña, rompiéndose en cataratas de luz roja su techumbre al influjo del sol, el gracioso y perfumado nido del águila de las letras americanas.

REPASANDO SU OBRA

Hemos visitado la casa, donde el 13 de Abril de 1832 nació don Juan Montalvo, una de las más modestas de la ciudad sin duda alguna. Hemos recorrido los parajes que le fueron favoritos, descubriendo en todos y cada uno de ellos, los encantos y atractivos que tanto embelesaron su espíritu, como si al conjuro de la naturaleza experimentara su persona un desdoblamiento, que le ponía en contacto con desconocidas fuerzas para descifrar la psiquis y comprender el significado de lo incognoscible, que su genio calificó de entelequia. Hemos ambulado, con la imaginación fija en su memoria, por los dominios que fueron heredad campestre de sus mayores, y sólo obligado refugio para sí, entusiasmándonos unas veces con el indómito, bravío y justiciero temperamento característico de la actuación pública del polemista; doliéndonos las más, de que hasta ahora tan poco se haya aprovechado de una obra que por su volumen, el vigor de los elementos componentes, la genial estructura de la forma, la estu-penda intensidad del fondo y el colorido de admirable tragedia del autor, estaba llamada a realizar una transformación definitiva en los caducos sistemas de nuestro desmantelado edificio político, que sigue habitado, cuando no por roedores advenedizos, por personajes de segunda mano, hombres contingentes, de situaciones heredadas por influencias bursátiles o compadrazgos de cocina, excepcionalmente por capacidades auténticas, aptas para los nada fáciles menesteres del Gobierno, que no son los del manejo de la intriga mezquina, de la sorpresa con delaciones infames, del peculado, la ambición, la soberbia y la ignorancia; sino el manejo de la ciudadanía bajo la pauta de las leyes, y la resolución de los problemas del Estado, de conformidad

con las conveniencias públicas, libre de prejuicios, odiosidades y emulaciones propias de la gente ruin. Hemos repasado así mismo todos sus libros, desde los primeros ensayos hasta las producciones de la más completa madurez, en un recorrido de asombrosas impresiones, iniciándonos gradualmente de lo simple a lo complejo, en una ascensión que a ratos ofrece oleajes de vértigo, pero siempre alguna novedad para la inteligencia, a la que sólo encadena a un principio inmutable, el de la moral en todos los actos.

Sus escritos periodísticos de *El Cosmopolita*, que forman dos gruesos volúmenes, son los que le aseguran el más atildado concepto, como mentor de pueblos. Su palabra posee en ellos la excelsa autoridad del que se ha sabido situar ahí donde el fiel de la balanza marca la capacidad plena de todos los atributos de la inteligencia, al servicio del mejoramiento humano. Muy joven estaba todavía, cuando emprendió en esta labor, que no había de ser igualada, a su regreso de su primer viaje a Europa, que tanto ensanchó el horizonte de sus actividades, capacitándolo para poner sus obras en el gran escenario del universo.

El periódico, para él, según el modelo seguido en *El Cosmopolita*, sí que poseía un valor integral absoluto, mereciendo por completo el calificativo de vocero de la opinión colectiva, que arbitrariamente ha sido usurpado después. Nada aceptábase en esas columnas, propio o ajeno, que no cumpliera la finalidad perseguida, de formar una conciencia moral y cívica en el pueblo ecuatoriano, que le responsabilizara y le proporcionara la fuerza necesaria e insalvable para mantener en todo tiempo y lugar, el principio de la soberanía pública, por manera que el nombre de democracia no resultara irrisorio y fuese, en verdad, libre el país y no territorio poblado de hombres en *cápitibus diminutis*, gobernados autocráticamente por el más auzad. La moderna industria tipográfica, con esos monstruos de máquinas rotativas, no habían mecanizado la inteligencia y barajado en el menosprecio, haciendo desaparecer al escritor, al filósofo, al verdadero periodista, para dar paso preferente al inflador mediocre de la vana chismografía callejera y al componedor de impertinentes noticias de otros países, que son los que amasan ahora el pan cotidiano y nutren el espí-

ritu de la democracia, con el pomposo título de periodistas.

Estaba todavía en formación el derecho público nacional y sus concepciones se contraían a aportar conocimientos sobre la materia, explicando, como lo habría hecho el propio Montesquieu, el espíritu de las leyes, a fin de que, si reglas a las cuales subordinar las acciones, fuesen reglas de un recio metal, que los ciudadanos se gozaran en su observancia, y dimanase de ellas mismas la autoridad, sin dar ocasión a que se quebrantaran con excusas en su interpretación y esforzamiento, y en su lugar predominare la autoridad omnimoda del gobierno. Sus discursos sobre la libertad no eran por cierto la apología del desenfreno, la ruptura de los naturales diques y cauces que deben observar todos y cada uno de los componentes del agregado social en el intercambio de sus relaciones para sobre llevar la armonía del Estado. Discurriendo sobre ello, situaba sus arengas en límites precisos, deberes y obligaciones recíprocos de los ciudadanos entre sí, del pueblo hacia el gobierno, de éste para la colectividad; y a la prensa encomendaba la mejor parte de esta obra admirable. Don Gabriel García Moreno era el temible hombre del Gobierno por entonces y los elementos que él manejaba. Tenía para habérselas, pues, con un tirano de verdad, el más autoritario y de extraordinaria dotación intelectual que se ha sentado en la Presidencia de la República, para hacer su santa voluntad hasta que el pueblo no se incorporó en energía, disponiéndose a la vindicación de sus derechos. Sin embargo, no le cobijó el miedo al inmenso tribunicio, que vagó por el destierro muchas veces, hasta que su verbo, hecho puñal, acabó con el tirano.

Después de *El Cosmopolita*, *El Regenerador*, y siempre en pie su noble espíritu de constructor moral, de purificador de las costumbres, de hombre sin miedo y sin tacha, con los ojos puestos en la patria y el corazón en sus conciudadanos, no obstante restarle este intenso anhelo la paz y el sosiego, precipitándole en un ambiente de odiosidades y desengaños, que le amargaron la existencia.

Luego *Las Cattlinarias*, con las que aparece como el más activo y enfurecido de nuestros volcanes, arrojando una lava, al propio tiempo esterilizadora y

fecundante, esterilizadora para el crimen, fecundante para las virtudes. La traición se había convertido en gobierno. Exterminado García Moreno, aparecieron fantoches imitándole, como si la silla del gran tirano tuviese una atracción dominadora y el pueblo hubiera en tan poco tiempo olvidado el ensombrecido régimen de opresión y de sangre. Don Juan Montalvo no pudo contener más la explosión de su ira magnífica y desencadenó la tormenta lapidaria de su verbo para escarnecer a los tiranos, tratándoles tal cual lo merecían, en abono a sus crímenes.

Veintemilla no era García Moreno, no podía serlo jamás. Lo que hay de grande en el uno, faltaba por entero en el otro: talento, responsabilidad de sus horribles acciones, atrevimiento, desenfado para su despotismo; todo esto, de que estaba integrada la pasta moral de don Gabriel, el personaje sombrío, pero excepcional al fin, echábase de menos en el Capitán General de los Ejércitos, a quien sólo la traición y el desconcerto podían haberlo encumbrado al puesto que honró Rocafuerte, hizo temible García Moreno y debe ser la sede de la probidad, desde donde se gobierne la República... La oposición fue diferente. Para el uno reflexiones, invocación de máximas sabias, oportuno aviso de que el pueblo podía pronunciarse por el filo de un puñal salvador, como lo hizo. Para el otro el apóstrofe, la descarnada lapidación, el recuento de sus infamantes fechorías, la demostración de sus combinaciones fraudulentas para saquear las arcas fiscales, la delación ante el país, de sus desafueros, su retrato moral en fin, que por otra parte y, gracias al poder del arte y de la inteligencia, ha quedado inmortalizado en las doce *Catilinarias*, que son el monumento más admirable levantado en el panteón de los réprobos de la democracia, para eternizar su memoria en la conciencia histórica de todos los tiempos.

Esta es la obra del gran insurrecto de la América Latina, como le llamó José María Vargas Vila. Al lado de la obra combativa, de luchas sucesivas con los desplantes de los hombres y los excesos de los déspotas, realizó el resto de su labor, la que le abrió paso entre los primeros pensadores de la época y mereció los elogiosos conceptos del cantor de *La Leyenda de los Siglos*—el proscrito de las Islas de Jersey,—con

quien tanta semejanza tiene en sus arranques de cólera; de don Alfonso María de Lamartine, de Castelar, de Núñez de Arce y de Valera; de los muchos europeos y de la mayoría de los pensadores americanos de aquellos tiempos. . . .

Los *Siete Tratados* es la obra cúspide entre las del filósofo austero y burilador de preciosidades artísticas. Escrita por partes, en las distintas épocas de su vida, en los ratos que el batallar consuetudinario le ofrecía reposo, en ella está comprendido todo cuanto llegó a aprender el prosador inimitable. Es la síntesis de una erudición vastísima, que abarca tanto de metafísica como de ciencias exactas, de historia como de literatura, con todo lo cual lo mismo trajina por los dorados tiempos de las letras castellanas, como convive con los filósofos de Atenas y se sienta a su mesa, a discurrir con Sócrates sobre la existencia del alma y sobre las virtudes, de donde saca las enseñanzas con las cuales funda la única nobleza duradera y meritoria. La historia del Nuevo Mundo no es ajena a sus grandes motivos, y el capítulo de los *Héroes* se contrae a glorificar el heroísmo de los príncipes de la espada, que si la desenvainaron fue para darle la libertad a un mundo, así volaran por el empíreo sus cenizas en San Mateo o agonizaran en el olvido de los hombres en Santa Marta.

La compilación de los *Siete Tratados*, cuya primera edición apareció en Besanzón, la ciudad natal de Víctor Hugo, fue quizá el único halago relativo que tuvo en su larga proscripción don Juan Montalvo, porque al fin lograba realizar el ideal acariciado de editar sus obras, aunque tan pronto como aparecieron, la clerecía ecuatoriana, por boca del Arzobispo Ordóñez, condenó aquella por herética y contraria a las buenas costumbres. Mas, en buena hora la pastoral del ilustre prelado, que sin ese desplante la *Mercurial Eclesiástica*, el opúsculo más cáustico que conoce la réplica en recaudo del mancillado honor de una obra, la ética de la filosofía y los fueros del arte y de las letras, no habría aprisionado en caracteres inmortales, el último y ardiente apóstrofe del gran proscripto.

Sus demás obras son: *Capítulos que se le olvi-*

daron a Cervantes y Geometría Moral, aparte de los numerosos escritos que todavía andan dispersos.

Dos grandes preocupaciones tuvo don Juan Montalvo en su mundo de las letras, según él lo confiesa: Byron y Cervantes. En la adolescencia, dominado por el influjo del excéntrico Lord inglés, escribió versos y hasta compuso algunos poemas, a la manera del *Childe-Harold*, que nunca vieron la luz pública, ni se sabe que hayan sido publicados después de su muerte. Pero convencido de que esa no era su Musa, se decidió por don Miguel de Cervantes Saavedra, hasta parecerse tanto al manchego inimitable, que, después de él, don Juan Montalvo.

Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, que es la resurrección de la lengua del siglo de oro y la resurrección de don Alonso Quijano el Bueno en América, es la consagración de don Juan Montalvo como artífice de la palabra, y el más grande homenaje con que pagó su culto por el Manco de Lepanto.

UNA BIOGRAFIA Y UNA REEDICION

Pocos nombres han dado lugar a mayor número de comentarios como el de don Juan Montalvo, antes y después de su muerte; y luego en todos los tiempos sucesivos. De los escritores americanos, ninguno ha alcanzado igualmente una consagración mayor; y si es en la Madre España donde no se le aceptara en la Academia de la Lengua, a pesar del padrinazgo literario de don Emilio Castelar, don Gaspar Núñez de Arce y Menéndez y Pelayo, su nombre, su persona y sus obras inquietan tanto la atención de prosadores y artistas, que para don Miguel de Unamuno a la cabeza, son a manera de estímulo en sus grandes proyectos revolucionarios y democráticos.

Don Juan Valera, a quien le ha correspondido un eminente papel en la divulgación de la literatura americana, comprometiendo el arte en la obra de acercamiento de los dos Continentes, con éxitos como el de la presentación de Rubén Darío, a través de *Azul*, escribió un juicio sobre la obra de don Juan Montalvo, a propósito del prólogo que se le pidió para *Geometría Moral*. Es un juicio somero sin embargo, habida cuenta de lo que en realidad representa en el desenvolvimiento de la literatura hispanoamericana la aparición del notable ecuatoriano. Apenas sí se le analiza al trasluz de su temperamento combativo, que si es cierto constituye la mejor parte de los atributos del gran polemista, es sólo una de sus tantas y geniales modalidades, que los arranques de su santa ira no fueron para desmejorar la complexión artística con que se distinguen todas sus obras y les dan la nombradía de que son acreedoras.

Posteriormente se ha ocupado de don Juan Montalvo, el ex-Rector de la Universidad de Salamanca, don

Miguel de Unamuno; pero asimismo mirándolo circunscrito a uno de sus aspectos, el de agitador revolucionario, rebelde contra toda opresión, demócrata y liberal; admiración que coincide con la suerte que está corriendo el catedrático salmantino, proscrito de España por su labor republicana y subversiva, debido a lo cual ha ido a refugiarse a París, donde le ha tocado presidir la inauguración de una placa conmemorativa en la casa donde murió el exilado ecuatoriano.

Los americanos José María Vargas Vila, Rufino Blanco Fombona y José Enrique Rodó, son los que más ampliamente han estudiado la personalidad de don Juan Montalvo; y a la altura de ellos, nuestro compatriota don Roberto Andrade, que tiene sobre los otros el mérito de haber conocido personalmente al ilustre ambateño, haber militado en sus filas revolucionarias, haber interpretado sus enseñanzas democráticas y nutriéndose con sus ideas, dando un ejemplo de carácter al solidarizarse con una hazaña patriótica, de la cual tuvo a mucha honra ser autor el *Cosmopolita*, como fue la eliminación del tirano el memorable 6 de Agosto de 1875.

Mas, si los juicios de estos célebres escritores y la brillante forma de sus escritos concuerdan con el sujeto que los motiva, que es, en cualesquiera de sus aspectos, todo un vastísimo universo, sobre el cual se pueden construir los más variados ensayos apologeticos o de simple crítica; se echa de menos, como acertadamente lo señaló el diarista cuencano Manuel de J. Calle, la falta de una biografía completa de don Juan Montalvo, escrita con la serenidad que puso Ernesto Renán en la mejor de sus producciones, tomándolo si no se puede antes—en la memoria de sus antepasados, en el claustro materno y siguiéndole con fidelidad de preceptor hasta entregar sus huesos mortales al pueblo guayaquileño, que los reclamó desafiando las iras de la clerecía, para darles sepultura en la fosa donde hasta hoy duermen su sueño de inmortalidad.

Es preciso coordinar los detalles de su vida, fijar el retrato de sus costumbres de manera exacta, recoger todo aquello que se relaciona con su humana condición; entronques de familia, antecedentes; sus balbucesos en la escuela, los primeros garabatos de sus grandes obras;

los amigos de su predilección, sus viajes, sus amores, su matrimonio, sus desengaños domésticos; todo eso que de modo tan completo explicaría muchos pasajes de su existencia y revelaría ocultas razones de su carácter hosco, huraño, solitario, misántropo, a pesar de que pocas personas ha habido más humanitarias que él en sus escritos y más contadas aún las que hayan sacrificado su vida en aras del mejoramiento de un pueblo.

Su memoria exige una biografía.

He aquí un tema muy grande, muy difícil, pero muy bello, que debería intentarse antes de que desaparezcan muchos detalles que acaso hagan deficiente o incompleta la obra, al robarle al conjunto el efecto de los diamantes, aprovechando de la relación que las personas que le conocieron y trataron pudieran hacer, de los relatos de los pocos miembros de familia que sobreviven y de cuanto haya disperso en cartas propias o de amigos de la época.

La biografía de un hombre como don Juan Montalvo será la mejor enseñanza que se les pueda ofrecer a las generaciones venideras del Ecuador, llenando, al propio tiempo, el vacío que falta para que el héroe de las letras americanas se destaque en la plenitud de sus caracteres y de sus múltiples atributos.

Y conjuntamente con su biografía, una reedición de sus libros, en estilos al alcance de todo el público, atendidos con esmero, poniendo a un lado, por esta vez, cualquier idea de lucro, de modo que su conocimiento se divulgue hasta en el último de los confines del territorio nacional y atestigüe la gratitud de los ecuatorianos hacia el maestro inmortal.

Con esto se podría celebrar dignamente el centenario de su natalicio, el 13 de Abril de 1932.

LA DEVOCION DEL CABILDO

Jamás podría decirse que Ambato no ha glorificado la memoria de su hijo predilecto. Bien que a Guayaquil cábele la satisfacción de haber repatriado los restos de don Juan Montalvo. ¡en qué circunstancias! cuando eran nada favorables para una acción semejante y el Ecuador estaba en plena dominación clerical, humeando todavía el cadáver de don Gabriel García Moreno.

Ha hecho, empero, cuánto le han proporcionado los límites de sus posibilidades: en la Plaza Mayor, un monumento bronceo, tributado por el pueblo; en Ficoa, junto a la histórica piedra, un monolito, que ya no consentirá el olvido del encantado sitio. La casita de la ciudad, donde vió por vez primera la luz del día, ha sido adquirida con destino a Biblioteca de Autores Nacionales, lo cual constituye el homenaje más en armonía con el espíritu del genial escritor; en la casita una placa conmemorativa. Calles y paseos, que llevan su nombre.

Actualmente el Cabildo ambateño mantiene una galería de exposición de manuscritos y objetos que pertenecieron al ilustre escritor, entre los cuales hay ejemplares de gran valía, sobre todo manuscritos, reveladores de la pulcritud con que supo aderezar sus producciones, pues se recorren folios y folios sin tropezar con una sola enmendadura, una vacilación o una mancha que afée el original.

Si como lo expresa la crítica, la forma material de escribir una persona demuestra su temperamento, su estado moral, su situación anímica, es preciso reconocer una severidad única en los manuscritos de don Juan Montalvo, una estética exquisita, una limpieza y precisión tal en los trazos, que son, en verdad, el trasunto de su carácter, la personificación de sus atributos, una prolongación elocuente de su yo, original y excepcional.

La completa corrección de sus manuscritos, es la misma que estilaba para su persona. En todo buscó belleza y armonía, cultivando así los efectos de la primera impresión, que tanto pueden en una labor sucesiva. Algún pensador dijo que en los escritores no debe buscarse el vaso sino el contenido, con lo cual no incurría en exageración; mas cuando se aunan los dos factores y el recipiente está hecho para recoger el sustancioso licor, entonces se ha logrado algo más próximo al perfeccionamiento.

Ultimamente se ha enriquecido este pequeño museo del I. Concejo Cantonal de Ambato, con una pluma de oro, que tuvo en uso, según advierten los testimonios, durante la larga temporada de confinamiento sufrida en Ipiales, donde produjo muchos y muy buenos escritos, que forman parte integrante de sus obras definitivas y universales.

Y cada día crece el culto hacia don Juan Montalvo. Los resentimientos que pudiera haber creado como consecuencia de su actividad combativa, casi puede decirse que se han desvanecido, en fuerza del concepto en que va siendo tenida su extraordinaria figura y su severa personalidad, que no fue la de un insultador público, como se ha repetido, desvirtuando la naturaleza y la intención de su obra panfletaria. La honra de los ciudadanos mereció el absoluto respeto de don Juan Montalvo; y si extremó sus rigores en ocasiones, fue, justamente, celoso de sus fueros. Lo demás de su obra está justificada con el tiempo.

Ambato proyecta ahora trasladar sus restos, que reposan en Guayaquil, donde se ama, como en pocos otros lugares, su memoria, para darlos sepultura en un monumento que también está en proyecto. Pero no se ha atrevido todavía a hacer un formal requerimiento, temiendo tal vez una justa negativa, porque Guayaquil sentirá de veras que esos gloriosos despojos dejen el alero de sus ardientes afectos. Mas, no ha de decir que no, cuando todas las obras que se proyectan estén concluidas y de la ciudad natal vengán a recibir los venerandos restos que ha cuidado con amor maternal más de un cuarto de siglo.

Guayaquil ha sido siempre generosa y transigirá con este nuevo sacrificio.

EL GRANERO DEL PAIS

La producción agrícola ecuatoriana está dividida en dos grandes porciones principalmente, que corresponden a la zona interandina y a la cálida región de la Costa, siendo, desde luego, peculiares los elementos que se dan en uno y otro lugar.

Al rescoldo de tórrido clima, las extensas planicies de la Costa, ribereñas a los ríos Daule, Guayas, Babahoyo, Jubones y otros, el cultivo del cacao, la almendra nutritiva y perfumada que fue la riqueza nacional, ocupa casi por entero las actividades agrícolas de la región.

Pero un enfriamiento sorpresivo de la atmósfera, que ya ha preocupado la atención científica, dado que las corrientes de Humboldt y de Panamá, al desviarse, según algunas conjeturas, han trastornado las estaciones climatéricas de gran parte de la costa sudamericana del Océano Pacífico, ocasionando daños y perjuicios de consideración y comprometiendo fuertes capitales extranjeros invertidos en las afectadas regiones, tiene en una lánguida postración la mayoría de los cacaotales, con lo que ha decaído al extremo la riqueza nacional.

El cultivo del café, la caña de azúcar y el plátano están forcejeando, con supremos arranques, desprovistos de apoyo, por compensar aunque sea en proporción mínima, las diferencias producidas por el agotamiento del cacao, en espera de mejores épocas y decisivos impulsos para lograr una producción apreciable.

Todos los demás productos—con raras y contadas excepciones—pertenecen a la agricultura de la zona interandina, más o menos distribuidos en las distintas provincias que la forman.

De entre ellas, la rica Provincia del Tungurahua ha merecido la justa distinción de ser considerada y tenida como el granero del país, la gran despensa que provee en proporción mayor que las demás, a las ingentes necesidades del consumo nacional, en lo relacionado con artículos de primera necesidad.

El calificativo de granero del país, no es en manera alguna exagerado.

La Provincia del Tungurahua es en verdad, una especie de emporio de la riqueza agrícola. De Ambato, la ciudad capital, salen diariamente trenes cargados de productos, con destino a los mercados de Guayaquil y ciudades circunvecinas, fuera de las cantidades que últimamente destina también, con mucho acierto, a ensayar, con probabilidades de éxito, relaciones de exportación, puesto que los precios le significan ganancias líquidas y sustanciales. Las bodegas de Ambato están siempre abarrotadas. Las entradas y beneficios que reporta la Compañía del Ferrocarril del Sur por sólo el concepto del transporte de los productos de esta comarca, alcanzan a sumas tan apreciables, que quizá ninguna otra de las estaciones ferrocarrileras de carga, a excepción de la de Guayaquil, ofrezcan márgenes más halagadores de utilidad.

Sus mercados durante los días de feria, que todavía conservan el sabor de otros tiempos, poblados de animación y de actividad comercial, son los más visitados de la Sierra, tanto por los precios que alcanzan los productos cuanto por su fácil y pronta salida. La ciudad crece enormemente durante estos días. Hay una verdadera congestión de público, dedicado al comercio al por mayor, por cuenta de plazas de fuera y también al *détail*, como es de presumirlo. Existen barrios enteros de expertos en estos negocios, con servicios admirablemente bien establecidos para fiscalizar la producción y evitar las grandes fluctuaciones de los precios de muchos productos; otros dedicados a hacer anticipos sobre cosechas para asegurarlas de antemano, pues la demanda es tal, que sólo así lógrase mantener en constante actividad el negocio y no fracasa ante los nuevos elementos que acuden atraídos por sus rendimientos pingües.

Siendo como es grande y variada la producción agrícola de la Provincia del Tungurahua, se nota sin embargo, lo rudimentario de los procedimientos usados, según los cuales casi todo el esfuerzo lo hacen descansar en la bondad del suelo, sin cuidarse de utilizar mejor las excelencias de la tierra, no dejando por ello de aprovecharla en una mayor extensión y procurarse el mayor rendimiento, con la seguridad de que el agricultor, lejos de sacrificar sus fatigas en beneficio del comerciante, a través de los agentes, prestamistas, consignatarios, corredores, transportadores y vendedores, obtendría utilidades tan positivas, que serían cada vez un mayor estímulo para el trabajo, abriéndose nuevos campos de consumo e ideando nuevas formas de producción, cuantitativa y específicamente.

Ocurre por supuesto que antes de ahora la agricultura no tenía más perspectivas que las de satisfacer el consumo nacional, pues los sistemas prohibicionistas de exportación no dejaban campo para otra cosa, habiéndose empeñado con sus opresivos y agudos cálculos los gobiernos, en almacenar productos para precaverse del hambre, según el criterio administrativo que cerró las puertas de la demanda extranjera para los productos nacionales a tiempo justamente que lograban precios fabulosos, bajo el desconcierto de la Guerra Europea...

Por tal motivo, los esfuerzos han estado limitados a mantener el equilibrio de las necesidades internas, desatendiéndose de otras perspectivas, de común importancia para todos...

Hoy las cosas han cambiado en principio. Se ha establecido la libre exportación por consejos de la misión de expertos extranjeros presididos por el Profesor E. W. Kemmerer, como un punto de partida, ensanchando de esa manera el horizonte del agricultor, a fin de interesarlo en la intensificación del trabajo, ofreciéndole sustanciales renglones de provecho, como los que puede derivar de la venta del exceso de su producción en los mercados extranjeros, teniendo por seguro beneficiarse, si no directamente con los precios que logre obtener, con las diferencias monetarias, pues ninguna de las monedas existentes a la fecha en Centro y Sur-América, a excepción del

peso chileno, están en condiciones de competir con el sucre.

La Provincia del Tungurahua debe aspirar a ser algo más que el granero del país, y convertirse en el granero de muchos mercados extranjeros, sin restar por eso, naturalmente, al consumo nacional, el contingente de que ha menester para su sostenimiento.

LA QUINTA NORMAL DE AGRICULTURA

Tenía que ser como la imaginábamos. La Quinta Normal de Agricultura de Ambato, interpreta una de las grandes necesidades nacionales, aunque dentro de una visible modestia y falta de recursos, motivada por la casi indiferencia de los poderes públicos, porque pasarán muchos años todavía, antes de que los gobiernos comprendan, con sentido común, cuál es la actividad a la que deben prestar preferente atención, para señalarle rumbos apropiados al desenvolvimiento y progreso del país.

Todo es objeto de interés—por lo menos aparente—en nuestro medio; es decir, del interés que a medida de sus alcances, que no siempre son los más dilatados, pueden dispensar a los asuntos de gobierno, los depositarios del mando y de la cosa pública; pero lo que atañe a la instrucción escolar, a la enseñanza en general y en particular a la enseñanza agrícola, lo socorrido es dejarlo de lado, inadvertido, como flores campestres sin valor alguno, que tienen la virtud de germinar solas, cuando revientan en algún paraje, como acontece con la Quinta Normal de Agricultura de la ciudad de Ambato.

País esencial y preferentemente agrícola el Ecuador, dotado por la naturaleza de todos los climas, desde el ardiente ecuatorial de los trópicos, donde la vegetación irrumpe en fecundidad perpetua, hasta la glacial de las cumbres andinas, donde crecen los líquenes y las flores de los páramos, comprendiendo en la escala extensas zonas apropiadas para los más variados cultivos, que hacen del nuestro un territorio privilegiado; no ha llegado sin embargo la agricultura a merecer la atención de los gobiernos ni el entusiasmo espontáneo de los pueblos, como si en ello influyera la pródiga generosidad del suelo.

Acostumbrados a los regalados rendimientos del cacao, que ha sido, desde lejanas épocas, el grano de oro de la riqueza ecuatoriana; conformes con la producción de cereales de toda especie, de legumbres y de frutas, con lo cual se abastece sobradamente el consumo nacional, al lado del azúcar y otros productos que han dado margen apreciable para la exportación, una vez satisfecha la demanda propia, el Ecuador ha vivido como dueño y señor de una prosperidad tenida por inagotable.

De manera que, en estas circunstancias nada extrañas, resueltos al parecer los problemas de la producción y de la abundancia, que daban para todos y para todo:—a los particulares, para que pudiesen soltar la rienda a sus francachelas de rascacueros en las capitales de Europa, simulando nobleza por cafés y restaurants de tercera clase, en la creencia ridícula de que alternaban con las aristocracias de París y de Londres; y a los gobiernos para enriquecer a propios y extraños, sea a parientes, amigos o áulicos, como que, al ser pública la hacienda fiscal, debía empezarse por casa, dándole de ésta al que no había pensado siquiera en tenerla antes de ir a un ministerio;—el país poco o nada se ha preocupado de que el futuro llegara a turbársele con serios trastornos y acontecimientos inesperados en la agricultura, muchos de los cuales pudieron, seguramente, evitarse a tiempo, destinando una ínfima parte del dinero al estudio concienzudo y práctico de las posibilidades agrícolas, fomentando escuelas y academias y estableciendo campos de ensayo, según un plan científico y experimental.

Ha sido precisa la dura realidad de los sucesos, la inflexible acusación de los hechos consumados, la experiencia del desastre, para despertar al país del anonadamiento de riqueza ficticia en que se encontraba cuando sus feraces huertas de cacao vieron marchitarse sus frutos en flor, secarse sus hojas y perder toda su vitalidad el árbol al contacto de insólita y desoladora peste, en ocasión, por otra parte, de lo más angustiada, presa la economía general de aguda crisis por causas extrañas y de fuerza mayor, como la Guerra Europea, y domésticas, conocidas y

remediables, como la torpeza, codicia y despilfarro de los gobiernos.

Y ni ahora que el cuadro es desolador, faltando, únicamente, la mano del artista incomparable que en un arranque de indignación patriótica, lleve al lienzo la tragedia de las *siete plagas* del Ecuador, una de cuyas principales escenas representa la miseria por el abandono y la peste de los campos, casi arrasadas las hermosísimas huertas de cacao, como si hubiesen caído segadas por maldiciente fuerza sus abundantes racimos de almendras, mientras los plataneros y sembríos de cafetos, libran desesperada lucha espontáneamente, por salvarse del arrollador enemigo, que puebla la atmósfera devorando sus nobles y fecundantes órganos vitales; tampoco se advierte una reacción de parte de los gobiernos, que por mero afán político y lastimeras condescendencias ministeriales, se dan por bien servidos con el audaz desplante de esas fábricas de decretos absurdos, con los cuales creen remediar el mal, después de aspaventeras conferencias y derroches de enjuagues propios de la mediocridad y la impotencia, que dan la impresión de pueriles juegos de espuma, a presencia de la catástrofe inminente.

Mientras tanto, la crisis sigue de frente, vomitando cada día nuevas sorpresas malélicas, agostándose la agricultura con dolorosa indiferencia, con criminal insensatez, sin un apoyo metódico, sin un plan de defensa, sin una institución pública ni privada que le salga al paso, poniéndole a disposición recursos materiales y técnicos que reconstituyan al país; ideando y haciendo prácticos, sistemas de protección y de fomento agrícola; estableciendo bancos de crédito hipotecario, con los cuales el agricultor pueda solventar sus perentorias necesidades, importando semillas sanas, de frutos adaptables a nuestros variados climas y adiestrando a la juventud en el cultivo inteligente de la tierra, a través de escuelas agronómicas bien dotadas y regentadas, de las cuales la Quinta Normal de Agricultura de Ambato, tan admirablemente situada en el propio corazón de la comarca más agrícola y del suelo mejor acondicionado para toda clase de cultivos, podría ser la célula madre de un vasto sistema de poderosos centros de preparación y aprovisionamiento de plantíos

nuevos y de idóneos agentes para renovar y enriquecer la agricultura del Ecuador, proveyendo a su reacción y desde luego a su porvenir.

Tal pensábamos, después de efectuar una grata visita a la Quinta Normal de Agricultura de Ambato, ubicada en un precioso aunque limitado paraje, en las afueras de la ciudad, frente a la vía férrea del tren del Curaray y a la carretera, teniendo por uno de sus costados un amplio mirador al valle, al río y a la montaña, desde donde se domina la Cordillera Oriental, que está señalando con su índice expresivo la tierra de promisión.

La impresión recogida en los claustros del sobrio edificio, en cuyo parterre florido del frontispicio se yergue la simbólica estatua de don Luis Martínez, uno de los principales fundadores del Instituto, al recorrer los distintos departamentos, las aulas de conferencias, los gabinetes de física y química, los laboratorios experimentales, los invernaderos, los hospitales de las plantas, las clínicas operatorias, los campos de ensayos y los archivos de clasificaciones herbáceas, con sus respectivas monografías y su sección médica de patología y terapéutica, en verdad que se inflamaba de satisfacción nuestro espíritu, escuchando al joven y ya sabio Director del plantel, don Abelardo Pachano, cuya nutritiva palabra, enérgica y melodiosa al propio tiempo, tocada de los recónditos y excelsos secretos de la sabiduría que no alcanzan al vulgo y modelada en la más completa disciplina de la pedagogía y de la ciencia, seguía agitando de entusiasmo nuestra imaginación, a la par que poblándola de estupendos ideales que ¡ay! cómo pudieran realizarse!

Auspiciado, cual corresponde, este admirable centro de enseñanza agrícola por el Estado, no aisladamente sino como parte de un todo armónico, de un plan general de resurgimiento de las fuerzas propias y de las naturales riquezas del territorio nacional, única forma no sólo de sobrellevar sino de sacudir para siempre la crisis económica que conmueve al país con estremecimientos casi de tragedia, cuánto bien podría deducirse, cuánto provecho tangible, de iguales proporciones para el Gobierno como para los particulares, puesto que sus intereses, mancomunados, se complementarían, formando un cordón de trabajo sostenido y equilibrado

para cosechar con opulencia los opimos rendimientos del suelo, a los que está vinculada por entero la suerte del país, su bienestar presente y su prosperidad o ruina futura.

En verdad que nada hay tan significativo, impresionante e imponderable, como la inteligencia al servicio de las causas nobles; y si grande es un espíritu en la tribuna, armado de rayos y centellas, desafiando a los fariseos de la República, para limpiar de alimañas el más sagrado templo de la democracia, así sucumba al rudo golpe de la mandíbula de asno que está lanzando a diestro y siniestro el Goliat de la dictadura; si grande es el artista, con el pentagrama en la mano, la divina luz en la retina o la lira clásica en el corazón, para sus transportaciones que se manifiestan en efluvios de música celestial, derroches de colores combinados con nítida pureza y perfección de líneas, y cantos que aprisionan el espíritu a través de las edades, como los del Divino Ciego; si grande es el guerrero, librando batallas con sin igual heroísmo; el pensador, el filósofo... ¿Qué diremos de esos seres privilegiados y modestos, en los que se resumen todas las grandezas, por lo mismo que su mundo es la naturaleza, dispuestos a interpretar en sus más imperceptibles detalles el universo desconocido de las plantas?

El distinguido agrónomo don Abelardo Pachano, entregado con fervor a sus estudios de patología vegetal, preocupado con tanto anhelo de la ciencia agrícola ecuatoriana, como muy pocos lo han estado más, antes que él, regentando con amor un Instituto que igual atención le dispensa a todo cuanto se relaciona con el progreso del país, modelando espíritus robustos a pleno sol, nutriéndoles de enseñanzas en el gran libro de la tierra, del cual procura extraer cada día nuevos, profundos y prácticos conocimientos, debe interesar ya al Gobierno. Y la hermosa Quinta Normal de Agricultura, que se esfuerza como puede en buscar provisión de recursos para desarrollar un vasto plan de actividades y preparar el mayor número de cruzados del ideal agrícola, que salgan de sus aulas a predicar por todos los ámbitos del país el evangelio sagrado de la prosperidad nacional, debe ser ya la preocupación capital del Estado y la oración de todos los ciudadanos.

LAS VENDEDORAS DE FRUTAS

Ambato es una sola y perfumada huerta de árboles frutales. En ninguna parte, como en esta privilegiada comarca, puede darse una tan abundante como admirable diversidad de frutas: si manzanas, capaces de competir ventajosamente con las mejores del mundo, las hay de todas clases; si peras, reinas claudias, nísperos, membrillos, uvas, fresas, no se diga; albérchigos y capulíes, chirimoyas y mandarinas; es decir la más completa y exquisita variedad que el gusto puede desear y la estupenda fecundidad de un suelo satisfacer.

Entre las actividades agrícolas que son impulsadas en sus distintas manifestaciones, el cultivo de la fruta mantiene lugar preferente en toda la Provincia del Tungurahua. Es ocupación de pobres y ricos, lo mismo del señor que del indígena. No se concibe una persona de posibilidades, sin una huerta de árboles frutales; ni podría, seguramente, mantenerse un campesino, un indígena, sin cultivar sus arbolitos en propias o ajenas tierras, para hacer acto de presencia los días de feria, con su cesta de manzanas o de duraznos, o enviar a la estación de Ferrocarril a sus hijas, a las horas de la llegada de los trenes, con sendas canastas en los brazos, a ofrecerle al viajero el mejor de sus regalos para traer a la Costa o llevar a la Capital.

Y está con tanta felicidad natural escalonada la cosecha de frutas, que, si no con igual abundancia, todo el año se encuentra, de una manera sostenida, alguna clase: cuando no el durazno, la pera; cuando no, la manzana; pero siempre en el mercado hay alguna fruta, porque en el último de los casos, el modesto y diminuto capulí, al lado de la aromada fresa, están brindándose con sus apetitosos colores, en los que se transparente la rica miel de sus entrañas.

De donde resulta que una de las mayores atracciones que ofrece Ambato para temperar, es la fruta, cuya principal cosecha coincide con los calores excesivos de la Costa, durante la fatigosa y agobiadora estación de lluvias, que las gentes acomodadas y las que no siéndolo se estiman en algo, aprovechan para tomar un descanso con sus familias, y buscan el clima que mejor sienta a sus posibilidades y circunstancias.

De Guayaquil particularmente, la enorme ola emigratoria, que a manera de periódica marejada se aleja en busca de mejores climas para afrontar la mala época, caracterizada por torrenciales lluvias, calores sofocantes e irrupción espantosa de mosquitos y demás plagas de insectos, arrastra gran parte de su caudal hacia las poblaciones interandinas, convirtiendo las ciudades que demoran a lo largo de la vía férrea, desde la estación de Huigra en adelante, en centros de internadero, cada cual con las mejores condiciones climatéricas y las más ventajosas facilidades para la temporada.

Riobamba y Ambato, pero sobre todo esta última ciudad, son las preferidas para internadero. La capital del Tungurahua tiene sobre la capital del Chimborazo, las enormes ventajas de sus pintorescos alrededores, que han hecho tan famoso el marco de la población; además, su clima es tibio; guarnecida en las laderas de cerradas montañas, por las que apenas se cueñan los vientos para robar sus perfumes a las huertas y traerlos en sus alas invisibles a esparcirlos en todo el ambiente, que se mantiene saturado de suaves esencias de eucalipto y embriagadores viñedos. El sol cae esquivando las glaciales cimas, que a lo lejos desafían la inmensidad con su perpetua osadía de nieve, que es a manera de plumón de cisne en el chambergo de los señores andinos. Tiene un río que casi divide en dos a la ciudad y que es la atracción de todos los pobladores, como que sus aguas, extendidas en vertientes por los campos, van dejando la simiente que ha de comunicar poderes vitales a las huertas, hasta que revientan en multicolores formas de la más delicada realidad, como si fuesen a servir de alimento de serafines.

La bella capital del Chimborazo tiene, indudablemente, grandiosos panoramas, meciéndose en cuna

de dorados trigales, al arrullo de esos colosos enjaya- dos de nieves eternas que se llaman el Chimborazo y el Altar. Conserva una regia austeridad de ciudad colonial, con sus casas de corte clásico, sus largos empedrados, los ventanales de barandado estrecho, a través de los cuales, los grandes ojos miran con curiosidad y recelo al transeunte que todavía se atreve a noctabular, teniéndose por cosa tal el recorrer las calles en las primeras horas de la noche. Su perímetro es mucho más dilatado. Ocupa una planicie muy propia de gran ciudad.

Pero en cambio Ambato, coquetona y risueña, perdida entre sus rosaledas, empavesada de pinares y eucáliptos, abismada en el fondo de la inmensa esmeralda de su vegetación, siempre fresca, mimada con frutas por la naturaleza, no tiene comparación semejante. Su población se ha modernizado todo lo posible. Las quintas y palacetes que hacen filigranas a orillas del río, sobre los torreones y en los recodos de las carreteras, con desgaire de opulencia y señorial descuido, no los hay mejores en los invernaderos de los Alpes, ni a orillas del Mediterráneo, en la opulenta Costa Azul. Fuera de que cada quinta tiene una huerta y cada huerta es el mismo paraíso. Desvanécense las necesidades, huyen las preocupaciones, sáciase la ambición; y el hombre es el ser más feliz, bajo un manzano florido, embriagado de luz y de follaje, con alfombras de fresas, corpulentos eucaliptos que están presenciando la marcha del tiempo, imperturbablemente, capulíes cargados de fruta, esa deliciosa fruta de las serranías y música de aves por todas partes, rumor de frondas, infinita paz y contento.

Bien se comprende el por qué don Juan Montalvo, invitado por el General Veintemilla, su feroz enemigo años más tarde, a un restaurant parisiense, mientras el rastacuero militar hacía desfilar por la mesa recargados platos de carnes, el ilustre ambateño, acariciando con unción un durazno, tomándolo con tierno cuidado, gustando a través de su aterciopelada envoltura de colores encendidos, exquisitos recuerdos, tenía por completamente satisfecho después de haberlo saboreado, despreciando toda otra vianda, que viniese a empañar sus recuerdos. Ese durazno partido en dos, le evocaba su hermosa y lejana ciudad natal, le evocaba

su escondido paraje de Ficoa, le hacía vivir los días felices de su niñez en las huertas de esa incomparable zona; y no era posible sino que se regalara por entero con tan caros recuerdos, mascullándolos suavemente, con melancolía de proscrito, en cada pequeño bocado, hasta que con el durazno se extinguía en lontananza el vívido panorama ambateño, para seguir el trajín de las luchas de París y las amargas desventajas del ostracismo.

Lo primero con que se tropieza en Ambato, al llegar, es con las vendedoras de frutas, mocetonas de los campos, garridas y decidoras, que han descubierto la manera de convencer al viajero que no debe pasar por esta estación sin aprovisionarse de frutas; y con su chillona pero simpática voz pueblan el espacio de gritos de oferta, a cual más ventajosa, realizando el milagro del abaratamiento inmediato del artículo, a medida que la hora de la partida del tren se aproxima y puede obligarles a regresar con parte del cargamento, cuando entre sus cálculos estaba el de no quedarse con manzana para el regreso.

Es una fila interminable la de estas vendedoras. La Policía, que en todo mete la mano, las ha obligado a ponerse delantal, para esperar la llegada de los trenes, habiéndolas con esto casi uniformado. Con una hora de anticipación acuden a ocupar sus puestos y preparar artísticas canastas, combinando los colores, los tamaños y hasta la calidad de las frutas, para hacerlas más llamativas. Bien pronto la estación de ferrocarril es una enorme frutería, quebrándose al sol los colores espléndidos de las manzanas, que tienen mucho de los celajes vesperales, inflamados de encendida policromía; los duraznos, que son vivos retratos de las mejillas de las vendedoras; las fresas, que son rubicundos labios modernistas y están reclamando el beso ardiente del enamorado; los capulíes, que tienen mucho de ojeras y de pupilas tristes.

Cuando el tren avanza, ya han sido dispuestas las baterías de ataque. Como si el tiempo apremiara, no obstante la media hora larga que se detiene el convoy, las vendedoras de frutas asaltan los carros, se cuelgan en las ventanas, gritan en todos los tonos, con dos o tres canastas de escogidas frutas al brazo, como si fueran el propio y prolífico árbol....

El espectáculo, que es uno de los más frescos de la población, dura lo que el tiempo que se demora cada tren. Después se esfuma rápidamente, para repetirse al otro día, casi con la misma exactitud.

Pero qué bella impresión! Es el triunfo del más fecundo de los suelos del territorio nacional!

LA CIUDAD INDUSTRIAL

En general, la industria del país es todavía muy rudimentaria, dado que tiene como ambiente propio la agricultura y la mayor parte del esfuerzo se contrae a esta actividad, buscando en ella, con mucho acierto, todas las oportunidades de la riqueza, dentro del marco, hasta ahora limitado, de la producción.

Sin embargo, hay arranques industriales manifestándose en formas tan interesantes—aunque limitados y faltos de estímulo—que bien combinados con determinadas modalidades de la agricultura, podrían significar uno de los principales renglones de la riqueza nacional.

Mas, sensiblemente, es tal la indiferencia y el abandono del Estado hacia estos posibles vengos de bienestar y de progreso, que al igual de todas las fuentes de producción, la industria se agosta en el círculo vicioso de su estancamiento, por falta de una mano experimentada y diestra que le imprima dirección.

Y así asistimos a la lenta pero segura consunción de pequeñas empresas industriales, que poco a poco han podido ir agrupándose, buscando un mayor ensanche, modernizando y simplificando sus métodos, haciendo aprovisionamientos sustanciales de materia prima, hasta formar un todo respetable, con capacidad no sólo para el abastecimiento de las demandas nacionales sino con ventajas para entrar en competencia con los mercados extranjeros.

La elaboración de la pita o paja toquilla, industria autóctona ecuatoriana, conocida desde lo antiguo y así mismo admirada, es hoy actividad que se ha dejado arrebatat la supremacía y el nombre, porque la falta de protección del Gobierno, en forma al menos de entusiasta y patriótica propaganda a través de

idóneos cónsules en el extranjero, ha dado lugar a que se acrediten artículos semejantes elaborados en otros países y a que la producción total que se consume en los mercados del exterior, se clasifique bajo una común denominación, que no es, ciertamente, la de nuestro país, como ocurre con el «sombrero panamá», suplantador del legítimo «sombrero montecristi».

Y lo que acontece con la paja toquilla es extensivo a las pocas pequeñas industrias en las que se ocupan poblaciones indígenas enteras, pugnando vanamente por darles vida lozana y crear actividades propias de renombre y de consumo. ¿Cuántas de las alfombras que se manufacturan en las inmediaciones de Riobamba, en nada inferiores a las universalmente acreditadas de Arabia, India y Egipto, no pasarán por estas mismas, en la propaganda de los comerciantes, que han comenzado a aprovecharse de ese artículo en el extranjero, sin que haya merecido un atento estudio del capital ecuatoriano, con el patrocinio del Estado, al amparo de la propaganda oficial de los representantes consulares del país?

Telas que pueden rivalizar con los damascos, metodizando apropiadamente su elaboración y adiestrando a los operarios en el tejido de los hilos y su coloración, según los modelos artísticos que les fuesen indicados; artefactos de tagua; objetos apreciables de cuero; es decir una completa variedad de industrias que, como decimos, sólo reclaman, al lado del concurso del capital, el apoyo inteligente y sostenido del Gobierno, si es que piensa algún día romper los moldes estrechos que aprisionan a las actividades nacionales, ahogándolas en una impotencia dolorosa e injusta.

Al margen de este concepto escéptico de la industria nacional, Ambato es una colmena de diligentes y activas abejas, que se esfuerzan por obtener un panal de abundante producción. Una ciudad que a simple vista parece estar contagiada de la murria característica de las antiplanicies, donde la naturaleza por sí sola lo hace todo,—lo que explica, en gran parte, el estado de atraso en que se mantienen y la enorme lentitud con que se desperezan para entrar en las filas activas de la civilización—es, empero, una activa ciudad, donde todos los habitantes trabajan y los capitales no

permanecen ociosos, impulsando aquí fábricas de telas de algodón y de lana, que abastecen las demandas de todas las poblaciones andinas; moviendo allá ricos molinos, que quiebran el rubicundo grano para devolverlo convertido en montañas de sabrosa harina; fábricas de licores, fábricas de cervezas; manufacturas pequeñas de cueros, de sombreros, que son indicio de que pueden dar lugar a algo más sustancial en lo futuro, cuando el público y el Estado comprendan de verdad su destino en el campo de la producción.

No deja de causar una grata impresión al oído, en medio de la paz mañanera con que se despierta la ciudad y da principio a sus quehaceres, el pito de las fábricas que está indicando a los operarios la hora de trasponer los umbrales del edificio y dar comienzo a la faena, en forma ya metódica, ordenada, con miras a una producción mayor.

Se cree, cuando se está en Ambato, que sólo los pájaros han de romper el silencio con sus cantos y los gallos han de servirnos de aviso cronométrico con su mañanera diana. Pero la sirena de las fábricas, subiendo desde el fondo del río cerca del q' están ubicadas para aprovechar de la hulla blanca, con su regular anuncio de trabajo, a cuyo llamamiento acuden presurosos los obreros, entre los cuales hay también obreritas en apreciable número,—colándose por los resquicios de la posada para adentrarse en los oídos, nos indica que el sol anda ya por la bóveda celesté, vigilando las luchas por la vida y cuidando de que no le falte el pan al que oficia en el templo del trabajo.

Entre las empresas de importancia, cuya superioridad trasciende a todo el país, están las fábricas de tejidos de Dalmau y de don Jacinto Jijón y Caamaño, que cuentan con la mayoría de los recursos exigidos por la industria, aunque su producción, siendo suficiente para el consumo doméstico, es todavía pobre, comparada con lo que podría ser en otras circunstancias.

Ambas son fábricas que tienen algunos años de establecidas y han logrado acreditar sus firmas para ciertos artículos de lana y una apreciable variedad de productos de algodón. Están en constante actividad. Emplean un regular número de obreros de ambos sexos. Pagan salarios moderados, en relación

con el precio de la mano de obra del lugar, y sus telares arrojan unos cuantos miles de metros de telas diariamente, de surtidas calidades.

Ha influido en su limitado desarrollo, la apreciación arancelaria que de los productos similares se ha hecho con tanta inestabilidad y con tanta impericia, de manera que no siéndoles fácil, por modo absoluto, afrontar con éxito una inteligente competencia, ante el escollo de las leyes de aforos, han circunscrito su producción especialmente a ciertos artículos de consumo popular, logrando, no obstante, al margen del contrato comercial existente con la República de Colombia, abrirse un campo atractivo en los mercados del vecino país.

Es posible que un día los gobiernos dejen de llevar figuras decorativas a los ministerios y se establezca, con *sindéresis* administrativa, teniendo presente la especialización de la ciencia de Estado, en todos y cada uno de sus aspectos, el portafolio de Industria, Comercio y Agricultura, con personal idóneo desde la cabeza hasta el último de los miembros. El orden y la naturaleza de la materia así lo exigen, pues no se comprende el maridaje que se ha hecho de estos factores, tan complementarios entre sí, con materias tan ajenas, como las de Hacienda y Crédito Público y luego con Previsión Social... Entonces, es más que seguro el despertar de las actividades productoras de la Nación, acogidas a un cauce que las proteja y estimule.

Mientras tanto, es preciso cumplir con el deber de alentar con el aplauso los esfuerzos que para la naciente industria ecuatoriana significan las empresas establecidas en la capital del Tungurahua, que desde luego ha sabido ubicarlas en condiciones ventajosas y envidiables, con fuerza hidráulica en abundancia para la alimentación de sus maquinarias, con mano de obra módica y en un ambiente salubre y hermoso, donde la vida no entraña complicaciones para el sostenimiento discreto de los hombres. Cuenta con acceso desahogado y rápido, lo mismo a las ciudades del Interior y del Norte, como a las de la Costa, pudiendo disponer a discreción de caminos y carreteras, espaciosos y bien mantenidos, por donde rueda un gran tráfico de vehículos modernos, y con la vía férrea, que le mantiene en cons-

tante contacto con el principal puerto de la República, así como por su intermedio, con las demás ciudades costaneras, en las cuales se provee de materias primas para alimentar sus fábricas y de algunos otros productos que no da la Sierra, a cambio de la mayoría de los cuales reciben esas regiones sus frutas, sus cereales y sus legumbres.

Otra de las industrias que principia a tomar cuerpo con halagadoras perspectivas, es la de la fabricación de licores finos, en los que se emplea la mayor parte de las cosechas de los viñedos y el excedente de las demás frutas, de las que se extrae un licor que haría las delicias del paladar más remilgado en eso de saborear buenas bebidas y puede entrar en parangón con las mistelas de Francia y aún con ese inimitable compuesto que tan famosos ha hecho, después de su monasterio, a los monjes cartujos de Padua.

Saboreando el pisco, de botellas que fingen cuellos de cisne, como dijo el amigo; alternándolo con el licor de pera, el de manzana o reina-claudia, destilados sin más compuesto que el puro contingente de la fruta; sorbiendo una copa de anís andino, que impondría la moda en cualquier restaurant parisiense; entre charlas y versos de camaradas y amigos, que brindando por la prosperidad de Ambato brindan por la de todo el país, el escepticismo se trueca en el más franco, espontáneo optimismo, y la confianza en una Patria grande y próspera renace con las frescas rozagancias de la aurora.

LA FABRICA DE JIJON Y CAAMAÑO

Entre los exilados a quienes se nos había dado una misma jurisdicción residencial, señalándonos estrictamente los límites de la capital del Tungurahua, estaba el bondadoso amigo, de filiación conservadora, Sr. Justiniano Estupiñán, que, según acusaciones, parece que había vuelto a tener la ocurrencia, nada descabellada pero costosa—como pudo apreciarlo con el confinio—de despertar las temidas huestes, aprovechándose del inaudito desconcierto que dizque presidió el fracasado intento subversivo del 4 de Marzo, fraguado por el Ejército contra el régimen establecido por el mismo, una vez desautorizado de la capacidad de los depositarios del mando, como consecuencia del cual movimiento, las desoladas Islas de Galápagos, sólo visitadas de cuando en cuando por aves migratorias y delincuentes de abigeo, fueron el asilo político de muchos de los cabecillas, destacados jóvenes militares, ayer no más de relumbrante figuración y creadores de las personalidades actuantes en el Gobierno, sucumbidos hoy a consecuencia de su atrevida empresa.

Huéspedes en la misma posada, si bien rehuíamos el socorrido tema de la política, en la seguridad de que no era posible conversión de ninguna de las partes, por justas que aparecían las argumentaciones, reclamando él, como ciudadano ecuatoriano, la intervención a que tenía derecho su partido en la cosa pública, como parte integrante de las fuerzas vivas de la Nación,—en todo lo cual conveníamos dentro de una sólida organización democrática, debidamente constituidos los partidos políticos, adentrado con honda e inamovible raigambre el espíritu cívico en el pueblo y desaparecida para siempre la amenaza latente de una reacción eclesiástica—compartíamos sin embargo, en junta de algunos otros amigos, las reuniones y paseos, para disipar los ratos pesados a que estábamos sujetos.

Cediendo a una invitación suya, visitamos la fábrica de Tejidos de don Jacinto Jijón y Caamaño, situada a la margen izquierda del río en una graciosa cuenca del valle, sobre un perímetro regular de los más favorecidos por la topografía, con el panorama de la ciudad hacia el frente, una pequeña cortina de montañas a la espalda; resguardándola de los vientos, frondosas arboledas frutales por un lado y circuyéndola jardines cultivados con esmero, cercados de cipreses, bosquecillos de eucaliptos, álamos enfilados, figuras de musgos y de claveles, trepadoras y helechos, begonias, geranios, toda una rica y variada floricultura de costosa conservación, que da fe de los refinamientos del dueño.

Don Jacinto Jijón y Caamaño, quien a la sazón vaga con sus caudales por las costas del Mar Caribe, la vecina República de Colombia o la Capital de los Virreyes, buscando la manera de iniciar una invasión armada por alguna parte, que colme su extraña ambición de mando, es uno de los raros ejemplares de hombres que tiene el país, dotados de inteligencia y riqueza, pero descentrado de su órbita propia por las engañosas seducciones de la política.

Entre los jóvenes de capacidad robusta, de amplia y positiva ilustración científica, de estrictas disciplinas de estudio y de trabajo, acaso no haya quien aventaje a don Jacinto Jijón y Caamaño. Contando apenas con pocos años relativamente, es empero todo un hombre de ciencia. La arqueología nacional, a la que dedica gran parte de sus caudales y las abundantes primicias de su intelecto, le debe mucho de su adelanto, habiéndose enriquecido con sus producciones la bibliografía científica del país, y con sus admirables colecciones privadas de antigüedades, iniciado las verdaderas galerías arqueológicas, que servirán de base granítica para los museos del futuro, cuando el cultivo de la ciencia embargue tanto el espíritu de los jóvenes compatriotas como los escarceos de la política.

Y este notable investigador de la ciencia es al propio tiempo un elemento de actividades empresarias de grandes alcances. A sus capitales se deben las principales fábricas de tejidos, únicas expresiones de la capacidad productiva con que cuenta el país. Son muchos los millones de sueros que, invertidos de esta manera, posee el Sr. Jijón y Caamaño y no pocos miles

de obreros los que gobierna bajo los sistemas de sus empresas, diseminadas por varias provincias, en una escala progresiva de amplitud hasta la frontera colombiana, donde se encuentran los mejores mercados para estos productos.

Verdad es que en lo relacionado con las fábricas de tejidos y demás empresas, éstas no perciben de su dueño sino el contingente del capital, pues que no tiene una intervención directa en su manejo el joven Jefe del Partido Conservador, quien a fuerza de querer trocar su espléndida vocación por las ciencias exactas con las difusas y aleatorias de la política tropical, pasa la mayor parte del tiempo en el ostracismo voluntario o purgando la imposición gubernativa. Pero siempre es un mérito relevante haber iniciado con su capital el desarrollo de cuanto ha de ser en lo venidero rico emporio de bienestar nacional, a medida que las actividades busquen sus derroteros y vayan confluyendo a un cauce común, de aprovechamiento de la materia prima, lejos de seguir sosteniendo a precio de sacrificios y de privaciones, las altas tarifas fijadas por los mercados extranjeros en una mayoría de artículos que podrían fabricarse o manufacturarse aquí mismo, con superiores ventajas de calidad y de costo.

Recorriendo los distintos departamentos de preparación de la materia prima, de transformación de la lana y algodón en hermosas hebras, las mismas que van colorándose y adquiriendo caprichosas formas con el concurso de las tejedoras; admirando el prodigio de esfuerzo que representan estas empresas, a través de las cuales enviamos nuestros parabienes al rico empresario, nos atrevemos a preguntarle al amigo Estupiñán por la última de las noticias que le hubiera llegado de su caudillo político:

—Sé que está en Costa Rica, dedicado por ahora a editar un libro. Al enterarse de que los periódicos ecuatorianos ponían en sus labios frases de cansancio y pesimismo hacia la causa conservadora, ha lanzado un manifiesto—que no he tenido oportunidad de conocerlo todavía—diciendo que no dejará la lucha, mientras no sea coronada por el triunfo.

—¿De manera que sigue obstinado en sus pretensiones revolucionarias don Jacinto y Uds., los partida-

rios, sufriendo las consecuencias, mientras él está a buen recaudo con sus dineros, que como quiera le dan bienestar y contento en todas partes del mundo?

—Pretensiones, no. Está cumpliendo con los deberes que le ha impuesto una gran mayoría del país, al confiarle la Jefatura del Partido Conservador.

—Así es que.

—Uds. no conocen lo avanzado de las ideas de don Jacinto. Hagan un día la experiencia. Ensayen un cambio. Llénvalo al poder y verán cómo resucitan las libertades públicas.

Hacemos un gesto ambiguo y diferimos la oferta, como una de las audaces pero bien intencionadas bromas del amigo.

Regresando a la ciudad por la subida pendiente, formulamos en silencio conjeturas sobre el caudillo proscrito, a quien no conocemos de cerca, pero con quien tropezamos alguna vez en París. La política le hace el más grave de los daños. Su juventud está agostándose insensiblemente con los sobresaltos y contingencias propias de la zozobante vida del que llega a caer en las terribles redes de la cartilla de Maquiavelo. Su ideología, que no ha logrado desprenderse de los viejos y gastados prejuicios de la dominación conservadora, no volverá nunca a tener cabida en el gobierno de la República. Sus esfuerzos, por lo tanto, son vanos, si bien dignos de respeto, al ser sinceros. Sus desvelos inútiles. Su patriotismo, que desde luego lo consideramos exquisito, lo llama a otros menesteres. Su campo está en la ciencia. La empresa particular le reclama, en busca de mayores impulsos. Hay un vacío en las investigaciones científicas, y ese es el suyo.

Concretado a sus estudios, dándole rienda suelta a su espíritu infatigable de escudriñador de la naturaleza, absorbido en sus espléndidas bibliotecas, puede recuperar el ascendiente perdido y llegar a ser un alto colaborador de cualquier gobierno estable y bien respetado, no como Jefe del Partido Conservador, mas antes como hombre docto y experimentado.

EL ALMA DE LA SIERRA

Las manifestaciones artísticas de un pueblo, en las letras, la poesía, la pintura, la escultura o la música, son los más fieles reveladores de su temperamento, y denuncian, con inconfundibles líneas, la delicada estructura de su espíritu, el grado de perfeccionamiento y civilización alcanzado, las influencias que se han abierto paso en sus inclinaciones y modalidades, y los sinsos que han orientado su vida, unas veces con grandiosidad sorprendente, que llena el universo, como en los casos de Atenas y de Roma, de Florencia y de Toledo, de Bizancio y de Venecia, cuyas excelsas creaciones de arte, a golpes maravillosos de cincel, burilados filigranas o toques divinos de luz, están pregonando por los siglos de los siglos, con una cada vez mayor sugestividad, el paso de alados genios por la tierra, con la misión de poblarla de infinitas armonías; pero siempre en alguna forma propia, característica, diáfana y pura, que si no ha logrado trasponer los umbrales de la inmortalidad y regarse por el espacio en vibraciones imperecederas, no por ello deja de ser la expresión de un pueblo joven, oculto todavía en los breñales de las selvas vírgenes para los demás países, amamantándose de sus propios recursos, al parecer escasos, desconocido en sus detalles, sin otro maestro que la naturaleza, milenaria y evocadora, el contorno de sus altas montañas, la extensión de sus dilatadas planicies, el diapasón del agua despeñándose en cataratas atrevidas, o el frío retorcimiento de los deshielos, el sombrío colorido de bosques impenetrables, el murmullo melancólico de los arroyuelos, la paz de la majada en los collados y del pastoreo en las dehesas, de todo lo cual ha sacado la Sierra los motivos de su arte, siendo la música, seguramente, la expresión que

interpreta por entero esa alma oprimida y soñadora, que vaga por los escarpados y atrevidos Andes.

La naturaleza y las costumbres han sido siempre, en toda época y en todas partes, con más o menos felicidad, los principales y acaso los únicos maestros verdaderos del arte. Aquello que saliéndose de este marco, por otra parte tan dilatado como el infinito, ha ensayado derroteros imprevistos, muy ocasionalmente ha logrado la consagración de la posteridad y la ascensión divina hacia lo inmortal. Hasta el Dios de *La Transfiguración* de Rafael, fué absorbido de los contornos mórbidos e impecables de la *Fornarina*; y el gesto sonriente de la *Monna Lisa*, esa alborada plácida suspendida en la rotación del tiempo, que duerme su sueño de gloria en las galerías del Louvre, no es sino la afectuosa expresión de la amada del poeta, trasplantada al lienzo, para deleitación del espíritu de todas las edades, por la mano de Leonardo de Vinci. Miguel Angel copió de la anatomía, en largos desvelos, tan fecundos como su obra múltiple e inimitable, las nervaduras de sus mármoles extraordinarios, y seguramente que el *Moisés* tuvo por modelo la propia y apostólica imagen del prodigioso cincelador de lenguas barbas y tormentosa mentalidad artística. Homero no hizo otra cosa que coordinar los cantos populares; pero ¡qué ordenamiento del Divino Ciego que dió al mundo los poemas de más armonía y más completa perfección! Virgilio, el artífice latino, que guió los pasos del Mantuano por los siete círculos del Averno, en pos de Beatriz, es decir de la Gloria, tomó de las batallas sus motivos y de los combatientes sus héroes inmortales para sus cantos épicos.

El arte no es sino el espíritu de la naturaleza en todas sus exquisitas y recónditas modalidades. Encontrarlo, sentirlo, verlo, aprisionarlo sin esfuerzo guardando su magnificencia, darle forma perceptible, ya en frisos y columnatas y poemas de granito, como los del Partenón y la Basílica de San Pedro en el Vaticano; en encajes de mármol tirados al cielo, como los de las elevadas torres de la Catedral del Duomo de Milán; en sinfonías, como las del Músico Sordo, el de la Misa Solemne y la Sonata Patética, en lienzos y bajo-relieves: he ahí el secreto sólo reservado a los amores de Apolo con las deidades del Olimpo. ¡Y cuánto mo-

tivo no está pidiendo, en el seno de la casa familiar campesina, en las diademas de la aurora con que aparecen coronadas las flores, en los remansos de los ríos quebrándose en las piedras, en las fantasías de los crepúsculos y las sonrisas de las constelaciones, los suspiros y amoríos de los sagales, los voluptuosos estremecimientos de las montañas, la siempre fresca rozagancia de la mujer, — el soplo de vida del artista que los haga imperecederos...!

Estas divagaciones nos sugiere el alma de la Sierra, virgen todavía para el artista immortal, en espera de cuyo ósculo divino languidece al amor de los celajes de púrpura y de las noches diáfanas y melancólicas, dejando oír de cuando en cuando sus amorosas lamentaciones, en tiernas y suaves congojas musicales, mientras en los picachos rondan los cóndores rubricando con sus vuelos las epopeyas de las cimas y la alondra deshoja sus trinos en el durazno de la huerta, al compás de mil variadas cadencias...

¿Quién que haya demorado en las poblaciones andinas, no ha escuchado una de esas serenatas de pasillos, garabitos y endechas de pastores, que son el lenguaje de los enamorados, y no ha sentido oprimirsele el corazón, conmovido de evocaciones tiernas, tan sugestivas y hondas como la misma pena?

Ora es la enamorada canción, que con sus notas, arrancadas con fiero dolor a las cuerdas del arpa, unidas ya de pasión al contacto de artista desconocido, como si destilara en ellas todos sus sentimientos, ha de turbar el agreste lecho de la hija del pastorcillo y ha de comprometer sus amores para siempre, unciéndolos a los del pretendiente, que la ha convencido con la serenata. El galán, con primitiva malicia, sabe de antemano cuán decisiva habrá de ser la jornada musical, librada a altas horas de la noche, bajo un palio de luz lunar, y prorrumpe al final, con el arpa, en dianas de alegría, que siguen al primer romance.

Ora es la balada, que se entona durante el pastoreo, al caer de la tarde cargada de arreboles, la va tarareando la caravana de labriegos al tornar de las sementeras, por los caminos solitarios y rumorosos u orientar las partidas de ganado, que llevan de una a otra dehesa....

El rondador y el caramillo, el arpa y la guitarra, son los instrumentos que plasman el alma de la Sierra, dándole armonioso cuerpo en las formas más tiernas y dulces que la sentimentalidad de una raza puede crear, como desahogo espiritual de recónditas tristezas, como himno de justicia y redención, desprovisto de altanerías, pero llevando en sus entrañas sonoras el secreto para adentrarse en el corazón de los oyentes y taladrarlo, comunicándole sentimientos de humanidad y de altruísmo.

El arpa, el rondador y la guitarra son los fidedignos intérpretes de sus inquietudes anímicas superiores, de su estado espiritual. El cordaje de estos instrumentos, la melancolía de sus notas, conoce de sus horribles tormentos pasionales:

Si no tienes corazón,
Yo te daré, yo te daré
.....

Está diciendo el arpa; y por los carrizos enfilados del rondador, que el indígena sopla comunicándoles vida, se están escapando las más dolientes lamentaciones. ¡Y hay en todo tanta emotividad, surgen tan bien combinados los acordes, palpita el espíritu creador con tanta espontaneidad, que el arte es completo, de una sencillez sorprendente, de un sabor exquisito y único. . . . !

Sólo hace falta el genio que, recogiendo las armonías dispersas en frescas estrofas, escriba en el pentagrama el poema completo; y dándole carta de naturalización en el mundo de la música, resucite en el alma de la Sierra el alma de Atahualpa, que encarna toda la grandeza de nuestra raza autóctona, y es promesa segura de un despertar radiante para el arte. . . . y para la gloria.

EL ESPIRITU DE DON JUAN

Espacio, genio, conceptos absolutos que la mente no alcanza a comprender, sin precipitarla en el vértigo de las divagaciones enloquecedoras. Sin embargo, existen: son parte integrante de lo que deslumbra; dijérase el sol del meridiano, que se niega a las francas miradas y las ciega con la suprema realidad de su luz.

Así el espíritu de don Juan. Vibra como una onda sonora en el ambiente de la patria ecuatoriana. El lo es todo, bajo su cielo purísimo. A despecho de la impostura, del arte y de la política de segunda mano, no existe luz propia como la suya, enseñanzas tan profundas como sus lecciones de ética civil, arrojo como el de su corazón de patriota, desprendimiento como el de su apostolado. Encarna una y más épocas. Es légamo de opima cerebración. Y ahora, en la inmortalidad, cernido ya de las pasiones del medio, acrisolado en el martirio de la admiración tumultuosa y de la acerba envidia, en la prístina diafanidad de su genio, toma su excelsa figura mayores y maravillosamente renovadas proporciones, y es el *summum* de todas nuestras glorias de antaño y hogaño. El Ecuador es él, en el concepto del mundo civilizado.

Y siendo don Juan la patria misma; su gloria la mayor, huérfana y solitaria en la excelsitud de su grandeza; dinamo cósmico, principio de personalidad universal, engendro divino de potencias excepcionales, arrancadas al arcano; grande, inmensamente grande, gigantesco, como una cima andina que no soñaron los siglos; síntesis de todas las grandezas, se pregunta uno, empero, conturbado, atónito, en presencia de la valedosa rotación de los sucesos: ¿dónde su espíritu, que parece no sentirse ya? ¿Dónde su influencia, que no

se palpa? ¿Dónde sus arengas, que no se escuchan; sus mandatos cívicos, que no se siguen; el destello incandescente de sus huellas creadoras que sirvan de oriente, la fe de sus convicciones irreductibles, la quintaesencia de su sabiduría y la reflexiva traducción que hizo de ella en sus libros; para memoria de sus conciudadanos y del género humano? ¿Dónde los rayos de sus *Catilinarias* bravías, el retumbo de su *Mercurial* soberbia, que tienen las incontenibles marejadas de los océanos hacia la tierra firme, a estrellarse contra los acantilados de la estulticia agobiadora, para vencerla y redimir la verdad? ¿Dónde su numen, «arcaico y nuevo» y siempre valeroso, atrevido y desorbitado con el crimen, seguro de sus armonías, que al propio tiempo son dardos envenenados y glóbulos regeneradores? ¿Dónde? ¿Dónde?

En estos mismos momentos se hace la apología de sus recuerdos en escuelas y plazas públicas. La prensa, engalanada, proclama su grandeza, exalta los merecimientos de sus virtudes sin paralelo y consagra el día de su natalicio al de su fiesta máxima. Las juventudes escolares hacen lo propio, y la del maestro es el 13 de Abril, o sea al del alumbramiento feliz que dió esa gloria al Ecuador, ese campeón a las letras, ese varón epónimo a la lid política, esa musa al Parnaso del Siglo XIX. Empero, todo se desenvuelve en un juego de retórica que no se compagina con la catadura del héroe.

Cierto que la suya fue una época de varones de verdad, en la política, en la universidad, en el gobierno y hasta en la dictadura. Tuvo que habérselas, cuando holladas las reglas de ciudadanía, con enemigos si no de su temple, dignos de sus arrebatos santos de patriotismo; y su látigo conoció al menos las carnes de un García Moreno, en las que hizo florecer el estigma del aborrecimiento popular, hasta que la sanción se abrió paso, guiada por los relámpagos de su fusta de fuego y de luz. Y a su lado militaron soldados como Eloy Alfaro, cuya espada no fue otra cosa más tarde que el estilógrafo con que se escribió la cartilla liberal de la nueva etapa republicana, penumbrosa al presente, a la luz mortecina de la menguada prole del maestro y de sus mártires.

¿Pero, entonces, la trascendencia de sus doctrinas, la simiente de sus sabias enseñanzas, el florecimiento de sus rosales espirituales, la luz de ese sistema planetario, que sigue siendo su intelecto, se habrá, acaso, convertido, por ventura, con el devenir de los sucesos y el engendro de nuevas generaciones, únicamente en el santuario mezquino de la curiosidad literaria que alardea de sus excelencias en las capitales del viejo mundo, sin el más mínimo asomo de reciprocidad para lo que es en esencia el espíritu de don Juan? Pues en el auge de su celebridad, sólo parecen percibirlo las antenas del arte, talvez sin darse cuenta que en la constitución de la nacionalidad, en el horno de la política, en la estructura del carácter independiente y consciente, en la rebeldía que pide el doctor Marañón para las edades, no es el artista el que interesa,—sin profanación alguna—es el ciudadano íntegro, el pensador sincero y consecuente y digno, el paladín de la democracia y del derecho, el soldado invencible de las causas justas, el enemigo constante y fiero de los usurpadores y de los impostores, el guardián de las libertades que la moral garantiza y la conciencia humana impone, a riesgo de ser lacayos y no señores, esclavos y no dueños del yo.

Y porque el empeño de la mediocridad triunfante, ocasional y ruin, en política y en literatura, es el de mistificar la personalidad de don Juan, exaltándolo ante la posteridad en uno solo de sus aspectos, el del Cervantes americano, y dejando de lado lo que hay de más grande y propio en el por siempre ilustre ambateño, cual es su rebeldía indomable, su justiciera y acusadora palabra, su verbo fecundo en presencia de nuestros Catilinas tropicales, es por lo que, siendo como es grande, inmensamente grande, gigantescó el espíritu de don Juan, gloria de nuestras glorias, sin embargo siéntese un vacío inmenso y la acusación formidable de que no se le sigue. La juventud se ha entregado al culto de la comodidad burguesa y destemplada; el pueblo se confunde con los sofismas de la explotación inmisericorde de los políticos advenedizos; la prensa comulga con todas las imposiciones, al solo ruido de las espuelas de hojalata que calzan los guardianes del emblema patrio; el maestro se engolfa en la aritmética de su cuenta corriente; el universitario des-

cubre los secretos que le dan al corcho estabilidad sobre los líquidos, para aplicarlos a aspiraciones e idealidades. Es el vacío de lo que hubo y hay de más hermoso en el alma de don Juan, lo que caracterizó su espíritu y se echa tan de menos en las generaciones que estaban llamadas a ser su prole.

Cierto es, así mismo, que el escenario ha cambiado radicalmente. Hombres y cosas son tan distintos de lo que fueron. Ahora la acción se desarrolla entre bambalinas de una escenografía sin originalidad ni entereza. Las letras han sido encadenadas a la empresa antojadiza y torpe. La opinión es un término que sólo sirve al espionaje para sus delaciones infames. Enebra la verdad y es perseguida, porque habrá de proscríbirsela al fin, en homenaje de la mentira. La política es una actividad cualquiera, a la orden del día y de quienesquiera sean ungidos para ejercitarla. Prémianse las villanías. Acógese todo lo que es bajo: la envidia, el anónimo, convertidos en información de gobierno. Hay recompensas para todos y para todo; pero no, por gracia, para las almas que evocan la conducta del maestro excelso; no, por gracia, para la sinceridad y para los hombres a quienes abona la página limpia de sus personales acciones y merecimientos íntimos. Para los otros, de casta privilegiada, que aprendieron desde el claustro materno el arte de la genuflexión palaciega. Para los emparentados con el perpetuo usufructo de la cosa pública.

Su acerada complejión de polemista fecundo y múltiple; esa compostura que le hace el más grande señor de la rebeldía, ¿dónde? ¿Dónde el espíritu de don Juan? ¿Cómo reparar en él? Cómo seguirlo?

GALERIA LIRICA

Escapadas de un alcázar de perlas ideal, como muchos de los que aparecen en las fantasías de las leyendas árabes, tan sentimentales como galantes e imaginativas, María Sevilla de Jáuregui, María Eugenia Soto, Inés e Hilda Tamayo, Josefina Donoso, María Lalama y otras chiquillas más de Ambato, la fecunda tierra de las flores y de las mujeres, forman un adorable grupo de belleza y de gracia, al que están pidiéndole favor las musas en los colores de sus mejillas encendidas con los rayos de la aurora, la deidad de los rosados dedos, o en el ensueño ideal de sus hermosas pupilas; y el poeta, bebiendo inspiración para cantar la divina armonía de la diosa de la humanidad.

María de Jáuregui. Raras y contadas ocasiones vésele en la calle; pero el que no la ha encontrado antes, no puede contener la admiración que le sugiere conjunto más agraciado y lleno de atractivos, como el de esta transfigurada deidad, que parece escapada de algún cuadro célebre. La luz ha hecho nido en sus ojos para albergar la divina perfección de dos pupilas, que son como dos poemas incomparables, y sus labios, desangrando inocentes pasiones, musitan entre dientes la oración del amor, que hace la felicidad de los privilegiados mortales que lo alcanzan de criaturas en quienes—como ésta—Naturaleza parece haberse esmerado como en una de sus obras más dilectas....

María Eugenia Soto, es como para llenar el espacio con su desenvoltura espiritual. Es un exquisito pomo de purísimas esencias. Sus ojos, relampagueantes, son la expresión de las dulces tempestades de ensañaciones que azotan su alma romántica. El porte ágil, flexible, como el de una palmera de idealizados desiertos, está diciendo de su señorío distinguido. Y

su risa espléndida, ingenua, admirable, con la que celebra todo, es un himno perenne de juventud y de optimismo, como que supiera cuánto pueden sus encantos en los avasalladores dominios del amor.

Inés Tamayo está pidiendo un trono para fundar una realeza de la línea perfecta. El garbo con que lleva su cuerpo esbelto, de precisos trazos; la suave arrogancia de su paso y los primorosos detalles de su cara, no sabiéndose qué ponderar más, si el contorno de su cabecita castaño-obscura, rematado con fina coquetería, la tersura de su cutis aterciopelado, las ternas pinceladas de sus cejas, el dulcísimo brote de moras de sus labios o la irresistible atracción de sus grandes y expresivos ojos, le conceden merecidos títulos con los cuales está prevaleciendo sobre las demás mujeres.

Josefina Donoso más parece una donairosa andaluza, con su alegría cascabeleante y decidora de inagotables recursos, que la bella, mimada y gentil de los cármenes de Ambato. Hay tanto de Sevilla en su fisonomía, que al verla cruzan por la imaginación las siluetas finas que pasean su garbo por la calle de Las Serpes. Sorprendida en una de sus habituales posturas, con la mantilla clásica sobre los hombros esbeltos, la cabeza levantada ligeramente hacia atrás, con discreta arrogancia, relampagueándole los ojos bajo una lluvia de sedosas pestañas, dijérase en verdad, ser la mujer más hermosa y guapa de toda Andalucía.

Hilda Tamayo convence enseguida con los atractivos de su simpatía y de su belleza. Parece un seductor personaje de una *Sonata* inédita del gran don Ramón del Valle Inclán, cuyo primer capítulo se contrajera a descubrir el secreto talismán que se les atribuye a esos sus ojos misteriosos, grandes y oscuros, siempre florecidos de violetas evocadoras y perfumadas. Habla, y desgrana una melodía; sonríe, y siembra un afecto; mira, y ha encendido las llamas del amor. Pero reparad en sus manos, al estrechárse las saludándola, y repetiréis con el poeta:

Mano lánguida y fina
que la luna tejiera
en la rueca divina
de su luz hechicera

María Lalama es un joyel de afilegranados toques artísticos, en los que se hubiera esmerado el Benvenuto Cellini de la naturaleza. Cada rasgo es un motivo del joyel magnífico, que guarda los tesoros de virtud, de sentimentalidad y de donairosas maneras, que hacen de esta criatura una rica y bella mujer.

Y todas las otras chiquillas, de entre las cuales sólo hemos escogido unas pocas, porque de otro modo sería casi imposible aprisionar en breves trazos tanto exponente de la más completa belleza y hermosura, como el que forma la galería lírica de la feminidad ambateña, nada tienen que envidiar en los divinos frescos de don Francisco de Goya y Lucientes.

PAGINA INTIMA

Cuando por recomendaciones de algunos amigos de Guayaquil, vino a recibirnos en la Estación de Ambato, el día de nuestra arribada forzosa, no pasó siquiera por nuestra imaginación que el poeta socialista Dr. Aurelio Soto, hasta entonces desconocido para nosotros, como ha de serlo para la generalidad; llegaría a cultivar tanto afecto, teniéndonos, en lo sucesivo, como los más sinceros estimadores de sus valiosas y meritísimas prendas.

Un día, de los primeros de nuestra permanencia, cuando el recuerdo vivo de la casa familiar aleteaba en nuestra imaginación, ensombreciéndola, llegóse a nuestra posada, cruzó una que otra palabra, tímida y afable, buscando la manera de expresar lo que su exquisita bondad había concebido. Por fin, después de muchos rodeos reveladores de gran sinceridad, nos invitó a su casa, donde había preparado algunas sorpresas para agasajarnos.

En su compañía, al compás de una charla novedosa e interesante, con la que despertaba intensa curiosidad la persona del Dr. Aurelio Soto, remontamos la ciudad, deteniéndonos frente a unas derruídas paredes, ya cerca de las orillas de su río. La tarde no era todo lo clara de otros días y comenzaba a dejarse dominar por negros nubarrones, que amenazaban lluvia, lo que por esta época muy raramente acontece. Creímos que sería con el objeto de tomar descanso para seguir avanzando, mientras continuaba la animada charla, entrados todos en franca confianza. Pero, entreabriendo una puerta, nos dijo:

—Mi casa y la de Uds.

Estábamos en un zaguán encerrado, estrecho y obscuro, construido de adobes y de piso de tierra, desmantelado, lúgubre.

—Será posible!

Mas, abriendo una segunda puerta, apareció en el fondo, a unos cincuenta metros de distancia, surgiendo como un castillo morisco en medio de luces, rodeado de jardines, la vivienda del poeta, a la que no ha querido darle vista exterior, para que no pierda la originalidad, tan en armonía con su carácter, y luego porque, así como el alma, la casa de uno no ha de ser para todos los mirones.

Entramos, y galantemente brindósenos asiento en la sala.

Emergiendo del valle, llegaba hasta nosotros, modelado por el viento, el canto del río, que discurre a los pies de la casa, y por las ventanas, que dan a un espacioso mirador, se colaban las brisas perfumadas de la campiña y los últimos resplandores del véspero. No pudiendo contener la curiosidad y el anhelo de gustar del poniente, buscamos la terraza, desde la cual se dominan todos los contornos, acto que ya supone la confianza y la amistad del Dr. Soto.

Qué espectáculo tan arrobador! El gran cañón del río Ambato abajo, la vega verde y olorosa envolviendo a trechos con su follaje las cristalinas aguas; casas diseminadas, ocultas en la fronda; carreteras, caminos y un vasto rumor de campiña, haciendo coro con las susurrantes aguas.

Estamos en la casa de un poeta. El Dr. Aurelio Soto, que también es hombre de aficiones científicas, guardaba con nosotros absorto silencio, siguiendo con interés la inmensa complacencia que nos ofrecía con tan maravilloso espectáculo, como para contrarrestar nuestro abatido espíritu.

En el mirador, al aire frío cargado de oxígeno, había dispuesto algunas mesitas cuidadosamente arregladas, con las mejores frutas de la comarca: ahí los rubicundos duraznos, las robustas y azucaradas manzanas, las almibaradas peras; y alternando con las cestas de frutas, licóres regionales como la suave y exquisita uva de los Quillanes.

La tarde fué todo un derroche de evocaciones, hasta cuando la luna advirtió lo avanzado de la hora. Tarde de versos, de fantasías de otros mundos, de inquie-

tudes sociales. Tarde amable que unió nuestros espíritus en una amistad que no ha de romperse nunca.

Desde entonces, la casa del Dr. Aurelio Soto fué la nuestra, y en recuerdo al distinguido amigo, al solícito servidor, los exilados acordamos llamarle cariñosamente «el rey de los proscritos», coronándolo con nuestros agradecimientos.

El Dr. Aurelio Soto es uno de los personajes de valía de Ambato. Hombre de letras y de ciencia, de acción y de ideales puros, sueña como todos los hombres de ideas elevadas, con la redención del proletariado universal y compone versos hermosísimos en loor a la nueva era social. Austero, modesto, sencillo, tiene una grande alma, de soñador y de hombre bueno.

Es un representativo de la tierra de don Juan Montalvo.

LA CANCIÓN DEL RÍO

PARA JULIO P. MERA.

Como la ciudad es silenciosa, apacible y demora encerrada en una serie de colinetas que le guarnecen de los vientos y la abrigan, por doquiera se percibe un grato murmullo, que crece o se diluye en la atmósfera, conforme se aproxima o se aleja el oído. Es la canción del río, de notas sugestivas, cristalinas como el caudal de sus aguas, que va murmurando estrofas aprendidas al cruzar de los bosques y desprenderse de las cimas nevadas.

El paso del río por la urbe, es el del trovero que dice su canción al compás de los acordes del follaje de sus riberas, con los cuales el viento le sigue en su curso de eterno enamorado de la naturaleza.....

En el amanecer, con los primeros guiños de la aurora que disimula sus coqueterías, ya el río ensaya los amables tonos de su orquestación magnífica, al romper de los cuales la ciudad ha de ponerse en pie, aprestándose para las labores del día por huertos y sembraderas, fábricas y manufacturas, donde el trabajo vigorizará sus músculos en el noble laboreo del pan cotidiano.

La canción del río es entonces como una diana que mantiene en tensión al obrero, con el ánimo sereno para la lucha, haciéndole olvidar sinsabores y desigualdades sociales, compenetrado su espíritu de una sola idea, atento a una sola aspiración, la del trabajo que dignifica y la del bien colectivo realizado con el contingente del esfuerzo individual.

Y es a estas horas de la mañana, temprano, cuando la ciudad ofrece un hermoso colorido de movimiento. De las inmediaciones acuden los labradores con sus acémilas cargadas de hortalizas frescas y otros

productos propios de la zona, con lo cual concurren a las ventas diarias del mercado, que se efectúan a campo raso, en dos de las principales plazas urbanas dedicadas a la feria. Los caminos muéstranse poblados de viandantes. Es una cinta cinematográfica a colores fuertes que se desarrolla contrarrestando el verde intenso de las arboledas de los pintorescos alrededores.

Los ríos han sido siempre requisito esencial para la formación de las ciudades. Son la sangre de las tierras adyacentes, centros medulares de la agricultura y haz de músculos y de energías vivas para la industria. Sus caudales surten los aljibes del hogar, colman los estanques para los regadíos de huertos y praderas, y circulando por mil canales, como por un vasto tejido de capilares, le dan sustento a la naturaleza para que estalle en millones de frutos, como en un magnífico derroche de opulencia. Son el dinamismo de las grandes empresas; son luz y fuerza; son vida, en una palabra.

Nada tan justificado como la adoración que los antiguos profesaron a los ríos, a cuyas márgenes habitaban, y de los cuales recibían, espontáneamente, el sustento para sus fértiles heredades. Los ríos eran como la divinidad misma, y a ellos estaba, por lo tanto, consagrado todo su fervor, puesto que sus aguas, misteriosas, guardaban el secreto de las multiplicaciones. El Eufrates y el Tigris, el Ganges y el Nilo, recordándonos están el santo fanatismo de sus pobladores ribereños, de cuyos primeros devaneos nacen las civilizaciones de todos los tiempos.

Ah!, pero es que además de los infinitos dones y bondades que en sí encierran las aguas de los ríos, tienen algo así como una alma romántica y soñadora, que va desgranando trovas que embelesan y encantan. Para los pueblos primitivos tal vez sea la voz de lo divino; pero para todos es una dulce canción que renueva el espíritu y lo convida, muchas veces, al éxtasis puro.

Y esto se comprende mejor en el retiro de las selvas y de las montañas o en la tranquilidad de las ciudades que, como Ambato, tienen a sus oídos esa caricia incesante y nítida de remansos sonoros fijados por el río en el pentagrama de su cauce.

Es el detalle natural, particularmente hermoso de Ambato. Sus moradores lo conocen y hablan con merecido entusiasmo de su río, caudaloso, sin serlo excesivamente, que rompiendo por en medio de la ciudad, ha abierto un gran cañón con dirección al oeste, por donde discurren las aguas que van a enriquecer las vertientes de nuestros ríos orientales.

Durante las tardes cargadas de sol, cuando las aguas reverberan en copos de espuma y oro y las piedras de su cauce son como bruñidas joyas de metales desconocidos, es que se puede gozar, deleitarse verdaderamente, con la sensibilidad exquisita de este vagabundo trovador, mientras se recorren sus orillas húmedas, alfombradas de césped, o al pie de los muchos corpulentos árboles que le dan sombra. Su canción se adentra en lo íntimo del ser y la fantasía se ilumina de recuerdos y crece en perspectivas. Los horizontes se dilatan a la vista. Es el panorama de la patria como lo sueña el entusiasmo, incorporada a sus linderos legítimos, respetada de sus vecinos, en un puesto de honor en el concepto internacional, cual lo merece el esfuerzo de sus fundadores y libertadores. Ora son las instituciones, si no de nuevo, por la primera vez al menos en sus troncos inviolables. Es la libertad dominando la bóveda azul en su estupendo vuelo de cóndor andino, sin que haya tiranuelos audaces que se atrevan a herirla al ir de uno a otro picacho por las inaccesibles cimas de la filosofía y la política. Todo esto evoca su canción, románticamente bella.

Y por las noches, bajo la lumbre pálida de las constelaciones, cuando ha cesado ya el rudo laboreo del día, los pastores han encerrado sus ganados, la obrerita ha vuelto de las fábricas y adereza la cena que se ha procurado honradamente y todo yace envuelto en la suave calma provincial, dijérase que la canción del río es la de una tierna nodriza, que vela por el sueño de los hijos todos de la ciudad.



INDICE

	<u>Págs.</u>
ADVERTENCIA.....	IV
Ante la Tumba del Maestro.....	3
La Tierra de D. Juan Montalvo.....	6
Por los Miraflores y Ficoas.....	12
Atocha y Ficoa.....	20
Repasando su Obra.....	24
Una Biografía y una Reedición.....	30
La Devoción del Cabildo.....	33
El Granero del País.....	35
La Quinta Normal de Agricultura.....	39
Las Vendedoras de Frutas.....	44
La Ciudad Industrial.....	49
La Fábrica de Jijón y Caamaño.....	54
El Alma de la Sierra.....	58
El Espíritu de D. Juan.....	62
Galería Lírica.....	66
Página Intima.....	69
La Canción del Río.....	72